Víctor Soliño

CRONICAS DE LOS AÑOS LOCOS



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

CRÓNICAS DE LOS
AÑOS LOCOS
21

VICTOR SOLIÑO

CRÓNICAS DE LOS AÑOS LOCOS

PROLOGO DE HEBER RAVIOLO



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
MONTEVIDEO

TAPA: Foto de la Troupe Ateniense

Diseño: I.A. Villa

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.
Gaboto 1582 – Tel.: 48 3206 – Fax: 49 8138
11.200 – Montevideo, Uruguay.
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en el Uruguay – 1997

Prólogo

Víctor Soliño (1897-1983) es uno de esos personajes irrepetibles de una época irrepetible. La década de los años veinte encuentra a Montevideo en plena expansión edilicia y poblacional. En pocos días surgen edificios como el Hotel Carrasco (1921), el Palacio Legislativo (1925), el Palacio Salvo (1928) y el Estadio Centenario (1930, construido en menos de un año). El monumento a Artigas ocupa su lugar emblemático en la Plaza Independencia (1923) y el puente de la Barra de Santa Lucía (1925) agiliza los vínculos con las ciudades del litoral y en especial con Colonia, desde la cual se divisan las luces de la gran urbe porteña. Fue la primera gran década del tango y, en Buenos Aires, mientras Canaro, Firpo y Fresedo difundían la nueva música a todos los niveles, el sexteto de Julio de Caro realizaba docenas de grabaciones memorables para la Víctor, Gardel llegaba a su cima y surgían nuevos cantores que, como Corsini, Magaldi, Rosita Quiroga, Mercedes Simone, instaurarían la primacía del tango cantado en las dos décadas siguientes.

Es la época de los twenties, de la pollera y la melena cortitas y la primera liberación de la mujer. En Montevideo –que aún guardaba mucho de la aldea que denostaron Herrera y Reissig y Roberto de las Carreras–, a la sombra y el cobijo de la vecina Buenos Aires la vida iba tomando otros ritmos, al menos en algunos sectores sociales, que se expresaban en una vida nocturna en eclosión, un centro que giraba en torno a cafés, cines y teatros, y una ciudad vieja que volcaba en el bajo, el barrio pecaminoso de su costa sur, los impulsos reprimidos de superar las barreras de la moral burguesa, el turbio mundo de la droga, y también la expresión espontánea de una nueva música que iba ganando espacios y se difundía por el mundo después de superar los prejuicios locales.

En ese barrio Sur montevideano transcurre la infancia de Víctor Soliño, gallego por accidente, como él mismo lo cuenta:

"Mis padres se casaron en Montevideo y viajaron a España. Allí, en Bayona, un risueño pueblecito de pescadores tendido en la costa gallega respiré los primeros "airiños, airiños, aires" que cantó la suave Rosalía.

Tenía 14 meses cuando una mañana cálida de diciembre un vapor de la Mala Real Inglesa me dejaba en el puerto de Montevideo. Por eso mi padre, cada vez que tenía que hacer alguna referencia del botija, decía sonriendo: "Hecho aquí y nacido allá".

Todo es nebuloso hasta cumplir siete años. Ni un detalle, ni un recuerdo. Nada! Hoy me parece que la vida comenzó en 1904. Vivía entonces en la calle Ituzaingó entre Reconquista y Buenos Aires. Mi recuerdo más lejano se asocia con el tranvía de caballos."

Allí, a media cuadra de la casa de nuestro gran poeta modernista y a pocos metros más de la calle Yerbal –aquella *"sórdida y a la vez pintoresca avenida de burdeles"*– el autor recuerda cómo fue surgiendo a la vida, en ese barrio tal vez ya condenado a morir, pero que aún mostraba, con sus contradicciones y su mezcla social, una ganas de vivir que parecían asegurarle la eternidad. Allí recuerda *"... el misterio, mezcla de miedo y de curiosidad, con que mirábamos aquella casa de la esquina –que algunos llamaban la Torre de los Panoramas– en la que se reunían algunos tipos raros que desbordaban nuestras entendederas y eran la médula del chismorreo de las comadres del barrio."*

Pero si el cronista sólo lateralmente puede referirse a ese fragmento de nuestra historia intelectual que le era en buena parte ajeno, en cambio le han quedado fijadas para siempre, con los detalles de quien se ha sentido parte integrante y genuina de ese mundo, las imágenes de aquel crisol de tipos populares: *"Más de una tarde en estos últimos años me he parado nostálgico en la puerta de la que fue mi casa y entornando los ojos, veía como en una penumbra a Guido, el bizcochero italiano con gorra de vasco y bigotes de mosquetero con la canasta cargada de sabrosos borrachos, napoleones y panes de leche; a Coji Tranca que se ganaba la vida como sacristán de la Catedral y terminó como mozo del*

Pigall; a doña Florinda, la curandera, con su famoso loro boca sucia y sus no menos famosos yuyos que con la misma facilidad enderezaban una vértebra desviada como un marido también desviado; a Monsieur Courau que durante años se desempeñó como Maitre del Hotel Pyramides y nos embelesaba contándonos historias de clientes famosos: las aventuras del enigmático Conde de Das o las extravagancias de Sarah Bernhardt; al tenor Aramburo, auténtica gloria del arte lírico, centro de la atención de la peña de viejos joviales que se reunía en el Cambio de Ibarra, cuando envuelto en una airosa capa española recordaba los desplantes, las rebeldías, las locuras que le dieron tono a su impenitente vida bohemia y ahora le obligaban a pasar sus últimos años en la pobreza."

Por esas inmediaciones, en la misma cuadra en que vivía Soliño, tenía su sede la Federación de los Estudiantes del Uruguay. Y en ese mismo barrio nacía, en 1918, el Club Atenas, dedicado a la práctica del básquetbol, el nuevo deporte que empezaba a hacer furor. Estas dos menciones, aparentemente inconexas, son ricas de significado: nos convocan de inmediato a "La Cumparsita", a la Troupe Ateniense y a toda una pléyade de nombres que brillaron por esos años en el Río de la Plata: Gerardo Matos Rodríguez, Soliño, los hermanos Juan Antonio y Ramón Collazo, Adolfo Mondino, Orlando Romanelli, Alberto Vila, César L. Gallardo, Roberto Fontaina.

De esa suma de deporte, música y bohemia estudiantil nació en 1922 la Troupe Ateniense, con el declarado propósito de obtener una sede propia para el Atenas. Actuaron, en esa primera etapa, hasta 1930 –con un alto en 1928– y consiguieron su objetivo: el 14 de agosto de 1926 el Atenas inauguró su sede de la calle Reconquista, frente al viejo Templo Inglés, que, de espaldas al mar, recibía el embate de las olas unos cien metros al sur de su ubicación actual.

Pero hicieron algo más: llenaron toda una década del mundo del espectáculo en ambas márgenes del Plata, actuando a sala llena en Montevideo y en Buenos Aires. Con Gallardo y Fontaina, Soliño fue el libretista del primer éxito de los atenienses y siguió solo en esa tarea en las sucesivas presentaciones, incluso en la segunda época de la troupe

(1943-1956). Entre ambos períodos fue también letrista de la Troupe Oxford, de Ramón Collazo, y autor de varias letras de tangos que tuvieron una repercusión inmediata y hasta hoy se mantienen en la memoria viva de la música del Río de la Plata: *Volverás, Maula, Mocosita, Adiós mi barrio, Negro, Garufa, Niño bien,* grabados por las principales orquestas e intérpretes del momento, como Julio de Caro y Rosita Quiroga.

Su actividad teatral no se limitó a los atenienses y, según informa Horacio Ferrer, formó parte de la compañía teatral A.E.T.U., "recordado y fecundo esfuerzo en favor del teatro de categoría", junto a figuras como Ángel Curotto y Mario Sofici. Fue también periodista y hombre de radio y estuvo, en 1931, entre los fundadores de El Espectador, en el cual fue charlista, libretista y director.

En los últimos años de su vida, Soliño, que había sido actor –en el más amplio sentido del término– de toda una época, pasó a la calidad de testigo, y publicó tres breves volúmenes que rescatan al menos un pedazo de aquellos tiempos que hoy nos resultan tan lejanos, separados por una distancia de más de medio siglo y, aun más, por un abismo de cambio tecnológico. En 1967 publica en Alfa *"Mis tangos y los atenienses".* En 1973, *"Vida, pasión y muerte de la Troupe Ateniense"* (Publicaciones de Agadu). Y en 1983, en Banda Oriental, *"Crónica de los años locos",* cuyas mejores páginas reunimos en el presente volumen.

Como cronista, su estilo es sobrio y de una gran austeridad. No cae jamás en la nostalgia barata y reviste sus recuerdos, obviamente idealizados, de una cálida y soterrada ironía. Es sin duda una testigo implicado, pero que nos convence, con su felicidad expresiva, con el discurrir sencillo de sus observaciones, de que si lo que nos dice no fue toda la verdad, fue sí un aspecto importante de aquella realidad que se fue definitivamente, como su barrio Sur.

Heber Raviolo

Peñarol y Nacional – El Primer Match

En los últimos años del siglo pasado la atracción de los paseantes que cada domingo llegaban a Punta Carretas en el Tranvía del Norte –tranvía de caballos, naturalmente–, a gozar de la alegría del mar y las caricias del sol, eran unos cuantos ingleses locos que corrían y sudaban dándole patadas a una pelota. Poco a poco el juego extravagante fue conquistando adeptos cada vez más numerosos y aparecieron los primeros clubes organizados. El 23 de febrero de 1900, en una casa de la calle Solís 651 se reunían los representantes del Central Uruguay Railway Cricket Club (hoy Peñarol), del Albion Football Club, del Uruguay Athletic, del Deustch Fussball Klub y fundaron lo que se llamó The Uruguay Association Football League. La primera resolución del Consejo Directivo que presidía Mister Chates fue organizar un campeonato oficial con la intervención de los cuatro clubes inscriptos. El Albión vestía camisa azul y roja por mitades y su cancha estaba situada en el camino 19 de Abril; la camisa de Peñarol era a cuadros amarillos y negros y el campo de juego se hallaba en el pueblo Peñarol; los colores del Athletic eran azul y marrón, con cancha en Punta Carretas y el del Deutscher, blanco, con su campo en la cancha chica del Parque Central, que se había inaugurado pocos meses antes, construida por la empresa de tranvías de la Unión y Maroñas con la finalidad de que fuera utilizada por los marinos ingleses de los barcos que frecuentemente anclaban en nuestro puerto. En un diario de la época se hizo crónica del acontecimiento con estas palabras:

"Desde las primeras horas después del mediodía, un gentío enorme dirigíase a ver la inauguración del Gran Parque Central, ubicado en 8 de Octubre y Cibils [hoy cancha de Nacional], propiedad de la empresa tranviaria Unión y Maroñas. Los coches de ésta resultaron insuficientes. Veíanse largas caravanas a pie, numerosísimos carruajes, jardineras, carros, bicicletas por el camino 8 de Octubre, principal arteria para conducir al campo de juego, considerado ya el principal de la ciudad. Se entraba por Cibils. El campo de juego presentaba un bonito aspecto, calculándose la asistencia en siete mil almas. Todo un record. El palco adornado con estilo chinesco, profusamente embanderado, tenía capacidad para mil personas. Las bandas de música de Don Bosco y del crucero inglés Flora, amenizaron el magno festival. La empresa tranviaria ofreció un lunch invitando al cuepro diplomático, jefe de policía, periodistas y principales figuras de la sociedad montevideana. Asistían además, la oficialidad y marinería de los cruceros Flora, Bassilick, Pegasus y Swallow, realizando entre ellos numerosas pruebas. Pero lo que más llamó la atención y entretuvo a la concurrencia, fue una pollerita escocesa que tocaba la gaita y bailaba".

Este primer torneo oficial de nuestro football significó un fácil triunfo para Peñarol que, salvo los dos matches con el Albion al que venció ajustado, a los otros competidores los apabulló con goleadas de 8 y 9 goles.

El primer partido del torneo y, en consecuencia, el primer partido oficial jugado en Montevideo, se realizó el 10 de junio de 1900, en la cancha del Albion, en el Paso Molino, entre Peñarol y los locales, venciendo los aurinegros por 2 a 1. Nacional ya existía por ese entonces. No intervenía en la Liga porque los ingleses que la dirigían no le reconocían todavía méritos suficientes. Pero ya había dado pruebas de su capacidad. Especialmente el día en que desafió a la marinería del Flora, que había

derrotado contundentemente a los equipos locales y, aunque fue vencido, fue el único cuadro local que logró hacerle un gol a los ingleses, produciendo una performance que la prensa elogió con entusiasmo. Todos estos antecedentes le abrieron las puertas de la Liga y al año siguiente, en 1901, intervino en el segundo campeonato oficial. En ese torneo se registró el primer partido de la historia futbolística entre Peñarol, ya avezado, y Nacional, entonces bisoño. Ganó Peñarol por 2 a 0. Pero pronto Nacional se constituyó también en un gran equipo. Se fusionó con el Defensa y con el Artigas y ello trajo como consecuencia que ingresaran a la entidad alba, acrecentando su poderío, jugadores como Nebel, Lalo Castro, los hermanos Céspedes, Rincón, Bouton Reyes, Ortiz Garzón, Emilio Milhas y otros, que marcaron la ruta gloriosa de la gran institución montevideana.

Origen de las murgas

A veces uno piensa cómo la distancia deforma los hechos y cómo los historiadores, sin pretender engañar, ofrecen versiones que no responden a la realidad de las cosas. Estas disquisiciones tienen relación directa con el origen de las murgas, esa institución del carnaval montevideano que, aunque totalmente desvirtuada en este momento, mantiene, sin embargo, una vigencia inacabable. Yo he leído muchos artículos referidos al origen de las murgas y, aunque la mayoría se aproximan bastante a la verdad, lo cierto es que la verdad verdadera no aparece en ninguno de ellos. Lo que pasa es que los cronistas que recuerdan esa historia escriben de oídas, consultando viejos papeles o preguntando a los sobrevivientes de aquella época. Y como han pasado muchos años y la memoria a veces suele jugar una mala partida, el relato no siempre traduce fielmente los acontecimientos. Yo, en cambio, felizmente, soy un testigo presencial de los hechos, tengo buena memoria y puedo relatarlos al pie de la letra.

En 1908, en la calle Florida entre Soriano y Canelones, funcionaba el Casino que, más que teatro, era un barracón miserable. Después, cuando el Casino se trasladó a su local propio –luego Teatro Artigas, recientemente demolido–, en Andes y Colonia, el Casino viejo se transformó en Teatro Nacional, donde actuaban, principalmente, compañías de zarzuela española que, como la de Gómez Rossell y Gabina de la Muela, ofrecieron temporadas exitosas. El Casino era un teatro de varietés por cuyo escenario desfilaban payasos, malabaristas, fenómenos, "chanteuses a voix" y canzonettistas de todas las categorías.

En ese año de 1908 se presentó un número extraordinario. Se llamaba la Murga Gaditana. Era un conjunto de cómicos andaluces –la Real Academia dice que murga significa un conjunto de músicos que toca en las puertas de las casas con la esperanza de recibir alguna recompensa– que interpretaba en el escenario canciones humorísticas, de un muy subido color verde, que hacían las delicias de los espectadores. Terminado su contrato, la murga partió para otros escenarios. Pero en el carnaval de ese año apareció la primera murga en nuestro país: "La murga gaditana que se va". Era un remedo de la que había actuado en el Casino. El mismo atuendo –levitas raídas y melenas abundantes– las mismas músicas con letras adaptadas a nuestro ambiente y los mismos instrumentos: clarinetes, flautas y trompetas de papier maché con una hojilla en la embocadura que permitía un tarareo que acompañaba a los cantantes. Claro que los años lo han desvirtuado todo. Si murga significa conjunto de músicos en decadencia ¿qué tienen que hacer en el carnaval actual esas murgas que pretenden cantar a cuatro voces, interpretan canciones con letras solemnes o se visten de astronautas, de mosqueteros o de príncipes, cargados de plumas, de sedas y de lentejuelas?

Las letras de nuestras primeras murgas eran de una zafaduría desbordante y aunque la tolerancia policial cerraba los ojos, muchas veces más de una murga de la época desbordó esa tolerancia en tal forma que hubo de pasar en el calabozo la semana de carnaval. También la política era tema jugoso de las canciones. Recuerdo aquella murga que cantaba: "En la Cámara Frugoni/ puso una peluquería/ para afeitarlos en seco/ a los de la mayoría". Y el fútbol. Ahí ha quedado como un monumento popular aquello de "Uruguayos campeones de América y del mundo". Y el precio de los artículos en aquel recitado que decía: "¿Y el pan? Ese pan nuestro/ de todo nuestro aprecio./ El sublime marroco/ que acompañaba al mate./ El pan es un fenómeno,/

un monstruo, un disparate./ Enano en el tamaño/ y gigante en el precio".

Y aquellos cuplés con la música de "La muchacha del circo", popular tango de Matos, en ese momento: "traemos también la muchacha, que por una moneda nos da, un poquito de humilde belleza, y por cuatro le agrega algo más".

Claro que todo esto hoy está perdido. La murga, como el tango, se intelectualizan. Y ya no son del pueblo. Los murguistas ahora cantan a tres voces. Pero ya no son murguistas. El tango moderno no se puede cantar ni bailar. Por eso ya no es tango.

Mapelli y el Hipnotismo

La reaparición, no hace mucho, de Tu Sam doblando cucharas y enderezando relojes, me trae a la memoria un momento de Montevideo en que los hipnotizadores, ilusionistas, trasmisores del pensamiento, fakires y demás elementos de la fauna misteriosa eran la comidilla de casi todos los días. Las carteleras de nuestros teatros anunciaban frecuentemente la presencia de uno de estos ejemplares que siempre venían precedidos por una fama de hombres de ciencia que, en muchos casos, no podían ratificar y, en cambio, dejaban muchas dudas sobre la seriedad de sus actuaciones.

En el grupo nuestro, había de todo. Hasta un hipnotizador. No era un frecuentador permanente de la barra, pero cuando aparecía por el café, casi siempre la visita terminaba con una tenida de hipnotismo que se efectuaba en el local del Automóvil Club, ubicado en la zona norte de la Plaza Independencia. El muchacho no era nada del otro mundo. Pero tenía ciertas condiciones. Lograba algunos intentos que se proponía, sin pretender pruebas sensacionales, y se contentaba con algunas experiencias muy modestas que, sin embargo, llenaban su función de pasar una noche entretenida. En una ocasión sospechó que uno de los concurrentes a la reunión, que lo esquivaba, era un tipo sugestionable y lo invitó a hacer una prueba. El candidato se negó, pero, obligado luego por el pedido de la barra, aceptó. Hizo toda la "mise en scene" de rigor y finalmente le dijo: "A partir de este momento vas a quedar tartamudo". Pasaron unos minutos y no

se animaba a hablar. Le gritábamos: "Decí algo. Decí Transatlántica". Una palabra difícil que caracterizaba a una de las dos compañías de tranvías que existían en Montevideo. Finalmente, se decidió. Y la carcajada sonó como un estampido en el salón del club. Había quedado tartamudo; pero con una tartamudez cómica, irresistible. La sesión duró algún rato más. Y cuando volvíamos a nuestros respectivos domicilios, en el momento en que nuestro compañero se separaba del grupo, casi como implorando, con una preocupación tremenda, preguntó: "¿Pero es que me vas a dejar así toda la vida? Otra carcajada infernal, unos golpes en la cara y vueltas a la normalidad.

En 1915 debutaba en Solís un hipnotizador italiano, Mapelli, que la propaganda presentaba como un hombre de ciencia. Sólido fundamento científico, decían los programas. Y agregaban: invenciones electromagnéticas. Todos esos espectáculos despertaban gran curiosidad entre la juventud, que quería penetrar en el misterio del magnetismo, de las ciencias ocultas, del espiritismo. Nosotros, los de la barra, también estábamos en esa línea y aunque muchas veces habíamos dudado de la corrección de procedimientos que los hipnotizadores empleaban, concurríamos asiduamente a presenciar desde el paraíso las demostraciones. Una noche, para cerciorarnos, para disipar nuestras dudas, decidimos intervenir directamente en la función. Y cuando Mapelli pidió al público que colaborara con él subiendo al escenario y prestándose a intervenir, siete de la barra, nos presentamos con un poco de miedo, pero dispuestos a seguir todas las instrucciones que se nos indicaran. En el escenario había diez sillas. Siete las ocupamos nosotros y las tres restantes otros espectadores que, como nosotros, estaban dispuestos a colaborar. Ya en nuestras sillas, Mapelli anunció que cuando contara hasta tres, íbamos a sentir como una pequeña corriente eléctrica; cuando llegara a cinco la corriente sería mucho más fuerte y cuando dijera

diez la corriente sería irresistible. Cuando dijo tres, ninguno de nosotros sintió nada absolutamente. Cuando dijo cinco lo mismo y el resultado fue igual cuando contó diez. Nosotros permanecíamos sentados en las sillas como si fuéramos de piedra, mientras los otros tres desconocidos gritaban y saltaban como locos. Cuando Mapelli hizo que los fulanos volvieran a sus asientos, siempre dormidos, empezó el show. En voz baja, uno de los nuestros empezó a relajar al hipnotizado que tenía al lado, diciéndole de todo. Pero el hombre aguantaba impertérrito. Hasta que en un momento el ataque fue tan cruel, tantos fueron los disparates que aguantaba el fulano, que no pudo resistir más. Se olvidó de que estaba dormido, y hecho una fiera se abalanzó sobre nuestro compañero. Felizmente las cosas no pasaron a mayores. Pero el público sospechó lo que había sucedido y rió de buena gana. Y Mapelli, a pesar de aquel contraste que por primera vez se le presentó en su carrera, siguió sus experiencias científicas como si nada hubiera pasado.

El Primer Paracaidista

Era el año 1915. Hace ya unos cuantos carnavales. Pero fue un año bastante movido de la actividad montevideana. Se inicia con la presentación en el teatro Politeama de la compañía Parravicini, que debuta con Los Disfrazados. Pocos días después llega Johnson, reciente campeón mundial de box que hacía exhibiciones en el Royal, tocaba el violoncello en el Pigall y terminaba su actuación rifando los guantes con que había vencido a Sam Langford. Parece que en sus presentaciones por distintos países ya había rifado dos o tres docenas de guantes con los que había vencido a Sam Langford. El 1o. de marzo, Feliciano Viera ocupa la Presidencia de la República. En mayo debuta en el Solís la famosa tonadillera La Goya y en el Urquiza se presenta el genial Gustavo Salvini con Nerón, de Pietro Cossa. En junio el dúo Gardel–Razzano actúa por primera vez frente al público uruguayo. En setiembre se anuncia en el Casino la función de despedida de la troupe Tingel Tangel con su pantomima "Una noche en el café concert", que se constituyó en un éxito de gran resonancia. Siempre se dijo, y figura en algunas biografías del célebre Carlitos Chaplin, que uno de los integrantes de ese conjunto era el Chaplin que luego conmovió al mundo con sus películas. Y ya al final del año comienza el primer campeonato federal de básquetbol con la participación de los clubes Plaza de Deportes No. 1, Plaza de Deportes No. 3, dos equipos del Uruguay Basket Ball Club y la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Mi nombre figuraba entre los integrantes del equipo "A"

del Uruguay Basket Ball Club.

Pero uno de los episodios que sacudió más intensamente la modorra ciudadana de la época, fue la aparición de un italiano llamado Greco que se titulaba paracaidista. Estábamos en plena guerra mundial y sólo sabíamos de los paracaidistas por las informaciones del conflicto en Europa, proporcionadas por las agencias telegráficas. Se explica que cuando se anunció que, por primera vez en nuestro país, se vería una exhibición de paracaidismo, la expectativa haya sido tremenda. El hombre descendería de un globo que traía consigo y desde determinada altura se lanzaría al espacio. El globo se llamaba Quo Vadis y el lugar elegido para la exhibición fue el Parque Central. Pero, llegado el momento, no apareció el globo ni Greco y se armó un escándalo formidable. Luego de unas explicaciones poco satisfactorias en la prensa, pocos días después –esta vez en la Plaza de Deportes del Parque Urbano (actual Parque Rodó)– se anunció otra tentativa. Pero estaba de Dios que aquello que empezó mal tenía que terminar peor. El viento muy fuerte dificultaba las maniobras y, corriendo detrás del globo que no se decidió a subir, globo, paracaidista y público llegaron hasta la playa Ramírez, donde después de dos o tres tentativas infructuosas hubo que abandonar otra vez el intento. Pero la gente ya había tomado el asunto para la chacota y se organizó igualmente una manifestación con discursos y paseo de Greco por la playa llevado en andas por la hinchada. A la semana siguiente, hubo una tercera tentativa y esta vez el globo se elevó y Greco se tiró dos veces; pero en una forma inesperada: amarrado al globo. Es decir, tomando todas las garantías de seguridad. Era una parodia de paracaidismo, pero igualmente, fue el delirio. Greco, paseado y victoreado por la muchedumbre enardecida, recibía aquel premio por su hazaña con lágrimas de agradecimiento. Greco había tomado un secretario para su desenvolvimiento en Montevideo. Era un andaluz famoso, dichara-

chero, simpático, pintoresco y bandido que se llamaba Moya. Y como el negocio terminó con un fracaso rotundo y Moya no pudo cobrar un centésimo del sueldo que se le había prometido, al final de la aventura, se quedó con el globo.

Y alguien le preguntó un día: "¿Y para qué querés el globo? ¿Qué vas a hacer con el globo?". Y el andaluz, con esa gracia que caracteriza a los hijos de la tierra de María Santísima, contestó muy suelto de cuerpo: "Pues cualquier cosa: impermeables".

Pasos Iniciales del Basket–ball

Cuando Mister Hopkins y William Carson, director y líder respectivamente del departamento físico de la Asociación Cristiana de Jóvenes, trajeron en 1912 el basket–ball a Montevideo, integrábamos una de las cuatro clases de gimnasia que se dictaban diariamente en el local de la calle Treinta y Tres. Allí comenzaron las primeras exhibiciones y desde el momento inicial el juego apasionó, como si presintiéramos ya el auge estruendoso que ha adquirido en la actualidad. Eran prácticas casi íntimas. Constreñidas a las cuatro paredes del gimnasio. Dos años después, interesados en darle expansión al nuevo deporte, convencidos de que tenía que ser aceptado por nuestra juventud que lo desconocía, con ese objeto, se fundó el Uruguay Basket Ball Club, el primer club de basket ball de nuestro país. Y empezó la labor misionera. Cada domingo se organizaban exhibiciones en las dos plazas de deportes existentes, presenciadas por algunos curiosos que, hay que confesarlo, no nos tomaban en serio. Tanto, que alguna vez flaqueó nuestro entusiasmo y estuvimos a punto de abandonar la empresa. Pero aguantamos las cachadas, las molestias, las risas y no aflojamos. En un momento tuvimos la sensación de que el trabajo estaba tomando un vuelco favorable. Cada vez eran más los curiosos y cada vez menos agresivos, más tolerantes. Y bastó un año apenas de ese esfuerzo para que la semilla fructificara de tal manera que en 1915 se creaba la Unión de Sociedades de Basket Ball, primer nombre de la actual Federación, y se organizaba también ese año el primer campeo-

nato nacional. Era, naturalmente, otro basket ball. Mucha agua ha corrido bajo el puente desde entonces y muchas han sido las técnicas y modificaciones que lo han convertido en este espectáculo apasionante de hoy que se le está subiendo a las barbas al fútbol mismo.

Apenas si teníamos entonces algún contacto con Estados Unidos y si en aquel país el deporte se iba puliendo paulatinamente y encontrando caminos y fórmulas que lo perfeccionaban, nosotros, en cambio, vivíamos completamente huérfanos. Muy poco o más habíamos adelantado desde el día en que los profesores de la Cristiana nos lo habían presentado como un regalo. Se justificaba pues, nuestra preocupación por saber algo de la evolución del juego en Norteamérica, por establecer comunicación con alguien que estuviera en condiciones de desasnarnos. Recuerdo dos oportunidades que se presentaron, pero que constituyeron dos fracasos sonados.

En 1917 llegó a Montevideo la escuadra americana del almirante Caperton, que hizo famosos los gorritos blancos de los marineros y trajo los primeros ecos de una música que empezaba a trastornar al mundo: el jazz. Fue la locura aquella noche del Parque Hotel en que la jazz de a bordo hizo sonar por primera vez las estridencias de aquella música loca. Alguien se enteró de que entre la tripulación del "Puebla", uno de los acorazados de la escuadra, se había constituido un equipo de basket ball y de inmediato se le invitó a que nos diera una clase práctica en la Plaza de deportes No. 3 del Parque Urbano. Por fin íbamos a tomar contacto con los inventores, con los fenómenos. Es de imaginar la expectativa cuando aparecieron en la cancha enfrentando a un mediocre equipo de circunstancias, formado por elementos de la plaza. Pero bastaron tres jugadas para que la ansiedad se transformara en decepción. Los americanos del "Puebla" sabían menos que nosotros, como lo demuestra el score final del

encuentro: Uruguay 15, Estados Unidos 0.

En otra ocasión, alguien llegó con la noticia de que un muchacho uruguayo recién llegado de Estados Unidos había sido alumno de un colegio americano y había integrado el equipo de básquetbol de la escuela. Saberlo e invitarlo fue todo uno. Y el muchacho concurrió a la plaza de deportes para enterarnos de algunos de los secretos del juego que ignorábamos totalmente. Pero otra vez fallaron los cálculos. El candidato no sabía de la misa la media y cuando volvimos al café desconsolados, alguien que lo conocía empezó a reír aparatosamente, mientras nos decía: "¡Pero qué va a saber ese! ¡Si es una bestia! ¡Estuvo más de un año en Estados Unidos y no aprendió el inglés y se olvidó del castellano".

Una Figura Mundial en Montevideo

En los primeros años de Atenas, la Plaza de Deportes No. 3, ubicada en el Parque Urbano –hoy Parque Rodó–, era el cuartel general del club. Allí practicaban sus asociados todos los deportes y se preparaban para las competencias. Por la tarde la concurrencia era numerosa. Por la mañana, en cambio, era muy reducido el grupo de socios que asomaba por la plaza. Apenas media docena que, normalmente, hacían sus ejercicios y cada mañana llegaban hasta las canteras haciendo "footing" y acompañando a Angelito Rodríguez en sus caminatas, parte del training que lo preparaba para las peleas en las que mostraba infaliblemente sus condiciones de mejor boxeador de América del Sur en aquel momento y la eficacia contundente de su punch demoledor. Luego de vencer a Daly en Chile, proclamándose campeón sudamericano, se organizó un movimiento tendiente a lograr un enfrentamiento nada menos que con Georges Carpentier. Pero esa pelea que hubiera dado la medida exacta de los valores de nuestro campeón, nunca pudo realizarse.

Una soleada mañana de un domingo de verano llamó la atención del grupo "habitué" la presencia de un hombre relativamente joven, con aspecto de extranjero que, llevando en la mano una pequeña valija se dirigía pausadamente a la casilla de la dirección. Lo atendió el director de la plaza, don Rafael Galli y después de escuchar su pedido no tuvo inconveniente en acceder a lo que le solicitaba el desconocido. El hombre le había pedido autorización para ensayar algunos saltos con garrocha.

Ya con la indumentaria de circunstancia y una cinta métrica en la mano llegó hasta el saltadero, tomó una serie de medidas raras, colocó algunas señales en el suelo y se dispuso a saltar. Los del grupito, que ya nos habíamos acercado estimulados por la curiosidad, tuvimos la sensación de que nos hallábamos frente a un exhibicionista que trataba de "espantarnos" con tantos aspavientos. Y esa impresión se hizo más firme al comprobar que el tipo, muy suelto de cuerpo, colocaba la varilla para iniciar los saltos nada menos que en 3 metros 20. El récord por aquellos tiempos era de Péndola y estaba establecido en 3 metros. La expectativa, naturalmente, iba creciendo mientras los preparativos del fulano, tan minuciosos y tan interminables, hacían que los minutos corrieran lastimosamente. Pero llegó el momento y el desconocido saltó. Y fracasó. Nos miramos los del grupo, ensayamos un gesto de descreimiento y rubricamos nuestro escepticismo con una sonrisa sobradora. Pero pronto la sonrisa se convirtió en estupor cuando en la segunda tentativa salvó el obstáculo airosamente. Y así siguió saltando hasta 3 metros 50, performance que nadie había logrado hasta entonces en nuestro medio, mientras en los ojos de la media docena de espectadores ya no cabía más asombro.

Cumplido su trabajo, modestamente, con la misma tranquilidad con que había llegado, se dirigió sonriente hacia los baños y, ya vestido, cuando se despedía del profesor Galli, éste creyó oportuno mostrarle un libro de técnica de entrenamientos de atletismo en el que se registraba una secuencia cinematográfica de cada una de las pruebas atléticas interpretadas por los mejores especialistas del mundo. La que se refería al salto con garrocha tenía como protagonista a Gordon Duke, uno de los más grandes garrochistas de todas las épocas que en 1912 capitaneó el equipo americano que compitió en la Olimpíada de Estocolmo.

Galli hizo el elogio del libro, señaló la utilidad que le prestaba en la dirección de los entrenamientos, recordó la figura fabulosa de Gordon Duke, que era quien señalaba en el libro las posiciones correctas desde la salida hasta la caída en el cajón de arena, y luego extendió la mano de despedida. El hombre agradeció, prometió volver y en el momento de retirarse, le entregó su tarjeta al profesor Galli.

Con los ojos desorbitados, los muchachos de la plaza lo acompañaron hasta el tranvía. Y en el momento en que iban a comenzar los comentarios, Galli se detuvo en la tarjeta que le había dejado el desconocido; ¡no se podía creer! En la tarjeta estaba estampado un nombre: Gordon Duke.

El Maravilloso Gradín

Muchas figuras importantes tuvo en nuestro país este alicaído atletismo de ahora. Pero, fundamentalmente, dos viven todavía en el recuerdo emocionado de tiempos que fueron mejores: Isabelino Gradín y David Estévez Martín. Vamos a avivar la memoria y a recordar hoy facetas destacadas de la personalidad múltiple del famoso negro Isabelino, atleta, futbolista y tamborilero.

Cuando "Los pobres negros cubanos", la famosa comparsa del Barrio Sur, salía a la calle en carnaval, Gradín se ponía uno de aquellos cueros adornados con luces, espejitos y cascabeles, cargaba el tamboril al hombro y en cada tablado volcaba la alegría negra de las lonjas calientes. Con Guanyira, con Curimba, con Tatita Silva, otro futbolista, integraba un cuarteto de tamborileros brillantes que acompañaba al coro bien timbrado de aquel año en que cantaron "El diablo en el cuerpo", un tango de Salvador Granata y Fernán Silva Valdés. Ya unos años después, en 1948, un candombe carnavalesco del maestro Zagnoli recordaba al gran Isabelino: "¡Ya no se puede escuchar al piano del negro Tito, a Querosén ni a Fresquete, ni al baile del Abuelito. Sólo queda Juan Curimba o el veterano Gradín, que junto con Churuminga tocan cuero hasta morir".

Fue en su época uno de los más grandes, si no el más grande, de los atletas de América. Yo integré la delegación que en 1916 concurrió al primer campeonato sudamericano de atletismo celebrado en Buenos Aires y que presidía el doctor Francisco Ghigliani. Eran apenas siete u ocho los atletas nuestros. To-

dos ellos novatos, inexperientes, desconocedores de las más elementales nociones técnicas. Los chilenos, en cambio, casi todos ellos hijos de alemanes, estaban a tono con los últimos figurines. Gradín se había inscripto en 200 y 400 metros llanos. Los 200 metros no eran su especialidad; pero siempre era un rival temible. En el equipo chileno el especialista era un español, Uranga, en el momento uno de los velocistas más famosos del continente. No se corría entonces con andariveles y la pista, alrededor de una cancha de fútbol, tenía dos curvas. Cuando partieron los corredores, los dos chilenos tomaron la punta y, familiarizados con todas las triquiñuelas y secretos del deporte, le hicieron una barrera a Gradín, lo encerraron en las curvas y el negro no pudo pasar y perdió una carrera que en condiciones normales hubiera sido fácilmente suya. La indignación de Gradín por la mala jugada se tradujo en lágrimas. Y ya en el colmo de la desesperación se acercó a Juan Antonio Collazo, que también integraba el conjunto, y le dijo:

–Juan Antonio: ¿tenés cien pesos?

–Tengo cien pesos, pero ¿para qué los querés?

–Dámelos. Ahora mismo voy a desafiar a ese que me ganó, por cien pesos. Pero los dos solos.

Y cuando se convenció de que la idea no era practicable, allí quedó en un rincón, dolorido y lloroso, pensando en la revancha que le brindaron los 400 metros un poco después.

Las dos hazañas cumbres de su carrera brillante fueron su participación como último integrante de las dos postas de 4 por 400 corridas en Río de Janeiro y Santiago de Chile. En las dos ocasiones el episodio se repitió como un calco. Cuando Gradín tomó la última posta, sus adversarios argentinos y chilenos ya habían partido con más de 20 metros de ventaja. Pero Gradín era un bólido, se hacía un gigante en la lucha. Sus piernas de acero parecían movidas por un desaforado motor interior y el entrar en

la recta final ya había descontado 15 de los 20 metros de su desventaja. Y en esos 100 metros finales su carrera incontenible rebasaba adversarios como muñecos para romper, finalmente, primero con su pecho de atleta la cinta roja de la llegada.

No era vanidoso. Por el contrario, era humilde. Pero sabía de sus fuerzas. Sabía que era el mejor. En cierta ocasión –fue en Chile– descansaba en el césped esperando el llamado para la carrera final, cuando se le acercó una señora y le preguntó:

–¿Usted cree que va a ganar? La señora era la madre de un corredor argentino que también ostentaba títulos meritorios.

–Mire, señora. Si me toca, gano yo.

–Pero usted no tiene condiciones para ganar. Usted es bajo, de cuerpo ancho y mi hijo es alto, delgado, esbelto y corre que es un encanto. Usted no le puede ganar a mi hijo.

–Puede ser; pero si me toca, gano yo.

–¿Pero usted está convencido de que le puede ganar a mi hijo?

–Sí señora. Si me toca...

Se corrió la prueba. Y Gradín siempre primero. Parece que le había tocado.

Los Tablados

El prestigio del carnaval montevideano se asentó en varios pivotes fundamentales. Uno de los más importantes fue, sin duda, el tablado, que permitía que la risa y la música alegraran la vida monótona de nuestras barriadas.

A fines del siglo pasado, en 18 de Julio y Sierra se construyó el primer tablado. En años posteriores, el éxito de la iniciativa tuvo tales proyecciones que en 1930 figuraron inscriptos en la Comisión de Fiestas, aproximadamente unos 400. Inicialmente, se trataba de construcciones modestas; un piso que descansaba sobre una docena de bidones, una baranda de madera y algunos chirimbolos carnavalescos que le daban carácter; pero el asunto fue tomando vuelo a medida que pasaban los años y la rivalidad de las barriadas para presentar cada vez un tablado mejor, estimulaba el entusiasmo de los vecinos y aquellos primeros tablones de madera se fueron transformando poco a poco en obras de alto valor artístico algunas y otras en verdaderos aciertos de humor. Hasta que en 1926, la Comisión de Fiestas decidió establecer premios para incentivar la iniciativa popular. Y fue así como surgieron, con la colaboración decidida de la gente del barrio en dinero y en esfuerzo, trabajos que elogió la prensa y que todo Montevideo visitaba y aplaudía.

También hacia fines del siglo pasado, en Garibaldi y Goes (hoy Av. Gral. Flores), se reunió en asamblea el vecindario del barrio y decidió levantar un tablado. Pero se presentó una dificultad. Por allí pasaba el tranvía de caballos y la empresa, pretextando que los equinos podían asustarse con el ruido de la gen-

te, opuso una resistencia tenaz. Los vecinos no se convencían y la empresa no cedía. Aquel tira y afloja turbulento terminó, sin embargo, cuando a un Salomón de la barriada se le ocurrió una idea genial: construir el tablado tendiendo un puente de vereda a vereda, por debajo del cual pasaría el tranvía sin dificultades y sin riesgos. La idea, sin duda muy original, hizo que aquel tablado que la gente bautizó con el nombre de El Puente de los Suspiros, se constituyera en la atracción máxima de aquel carnaval.

En otro carnaval famoso, porque pasó prácticamente bajo agua, en San Fructuoso y Goes el entusiasmo de los vecinos había levantado un tablado que era su orgullo. En la segunda noche de carnaval, la lluvia se desató a baldes, provocando inundaciones y destrozos. Y a la mañana siguiente, cuando cesó el aguacero, la sorpresa de los vecinos no tenía límites: había desaparecido el tablado. La audacia de los ladrones no tiene frenos; pero eso de robarse un tablado ya batía todos los récords conocidos de la delincuencia criolla. Aunque el misterio se aclaró pronto: a cuatro cuadras del emplazamiento original, en San Fructuoso y San Martín, apareció el tablado con algunos deterioros; pero todavía en condiciones de poder cumplir su misión. Lo había arrastrado el agua. Un camión lo restituyó a su sitio. Y un chusco le puso un ancla por si seguía la lluvia.

Cerca de nuestro rancho del puertito del Buceo, también había un tablado. Modesto, sin pretenciones de disputar el premio; pero cumpliendo correctamente su misión simpática de entretener a la gente del barrio. Pepe Arias estaba pasando en el rancho su temporada de descanso. Y se nos ocurrió organizar una comparsa, ensayando algunas canciones que eran ya tema obligado en las canterolas con que se amenizaban las grandes tenidas. Pero el número principal era la imitación de Pepe Arias que, como nadie podía suponer, estaba a cargo de él mismo. Recorrimos tres o cuatro tablados de la zona, con bastante acep-

tación por parte del público; pero, fundamentalmente, observando la reacción de la concurrencia cuando Pepe Arias se mandaba las partes más graciosas de sus monólogos famosos. Y sacamos una comprobación lamentable: la tendencia de la gente a criticarlo todo, a encontrar pelos en todas las sopas, a sentirse feliz poniendo reparos. Pepe Arias actuaba y su intervención provocaba aplausos. Pero no se oía un comentario amplio. Los más generosos aceptaban que estaba bastante bien; pero de ahí al verdadero Pepe Arias había un abismo. Y otros, más estúpidos, aceptaban que en algunos detalles se parecía bastante.

Y nosotros nos reíamos y pensábamos hasta qué límites absurdos puede llegar el afán crítico de los humanos.

Delfino y Re-fa-si

No son muchos los que saben que Enrique Delfino, el formidable Delfy, una de las más grandes figuras del tango de todas las épocas, creador de composiciones famosas que ejecutaron las mejores típicas del mundo y cantaron las voces más enjundiosas de la canción criolla, vivió varios años en Montevideo a partir de 1915. A raíz de su muerte, ocurrida hace unos años –murió ciego, pero rodeado del cariño de quienes le conocieron–, los cronistas locales escribieron sobre su obra, sobre su personalidad, sobre su vida; pero se concretaron a reproducir la biografía que las agencias telegráficas enviaban, referida exclusivamente a su actuación en la capital porteña. Esta actitud se explica porque nuestros cronistas tangueros no tienen, felizmente, años que les permitan recordar las andanzas del gran músico por estos pagos. Yo tuve ese privilegio. Y fue un privilegio porque personalidades como la de Delfino no florecen frecuentemente.

Recuerdo que en el Café Sport, ubicado en la proa de Buenos Aires, Bacacay y Bartolomé Mitre, frente al Solís, cuyo propietario era un señor Besada, muy amigo de mi padre, actuaba un terceto ¡qué terceto! que integraban Delfino en el piano, Lafemina en el violín y Minotto en el bandoneón.

Y en la esquina de Reconquista y Juncal, frente al Mercado Central, había una famosa casita llamada Sans Souci en la que Delfino actuaba habitualmente y que dio nombre un día a uno de sus tangos más cotizados.

Por aquellos tiempos, al lado del Hotel Morini, donde actualmente está instalada la Comisión Nacional de Educación Física, funcionaba una lechería. Era un salón único, separado por un tabique que lo dividía en dos y dejaba de un lado las mesas donde los parroquianos saboreaban los famosos capuchinos con ensaimadas y las cocoas olorosas, y del otro, la cama, la mesita de luz y los muy escasos muebles que completaban el dormitorio del dueño del negocio. Pero –vaya uno a saber por qué misterio– también había allí un piano de cola. Delfino y nuestra barra eran clientes infaltables de la lechería. Y todos los días, corridas las cortinas del negocio después de medianoche, nos deleitábamos con las audiciones inolvidables que Delfino nos regalaba, ya que contrariamente a lo que sucede con la generalidad de los músicos profesionales, sentía placer sentándose al piano para improvisar un tango con tres notas que alguno de nosotros le indicaba o realizando las más complicadas e ingeniosas excentricidades musicales.

Y en la charla de los descansos recordaba su vida. Su padre siempre fue un opositor terrible a sus inquietudes musicales y un día, para castigar su rebeldía, lo encerró en un barco de guerra del que logró escapar poco después embarcándose para Montevideo. Aquí compuso sus primeros tangos: "El apache oriental", "Sauce llorón", "Rancho viejo" y algún otro de escasa resonancia. Pero enseguida nada menos que "Sans souci", "Belgique", "Refasí" y otros que mantienen su vigencia todavía.

A propósito de "Refasí", contaba que una madrugada venía silbando por la calle y surgió una melodía que, como no tenía un pedazo de papel a mano para copiarla, la escribió en una pared. Era tiempo de elecciones y al día siguiente, cuando llegó a la pared que guardaba los primeros compases de su inspiración, se encontró con que un afiche de propaganda electoral había tapado la melodía. Trató de despegar cuidadosamente el cartel;

pero cuando estaba en plena tarea llegó un policía y a pesar de sus protestas fue detenido y llevado a la comisaría. Explicó allí la razón de su transgresión y para certificarla se le hizo acompañar por un funcionario al lugar del hecho, y, despegado el afiche surgieron los cinco o seis primeros compases de "Refasí" que, completados más tarde, se transformaron en uno de los más grandes tangos de Enrique Delfino.

Recuerdo también que en un carnaval de aquellos años, un excéntrico musical que arrancaba ovaciones en nuestros tablados y llenaba de risas las barriadas montevideanas haciendo maravillas con un piano de juguete y un violín de una sola cuerda *confeccionado con una caja de habanos, se parecía* mucho a Enrique Delfino.

Angel Rodríguez, un Campeón de Verdad

El más grande boxeador uruguayo que haya subido a los rings debe haber sido, sin duda, Angelito Rodríguez. En Sud América no tenía rival y aunque sus amigos le aconsejaban que probara fortuna en los cuadriláteros europeos, donde seguramente habría tenido un desempeño brillante, nunca logró materializar el proyecto. Más de una vez, con la decisión tomada y las maletas prontas, abandonó a último momento la idea, porque seguramente le aflojaba la confianza.

En nuestro país tuvo sólo dos adversarios relativamente serios: Contatore y el inglés Murray; pero estaban muy lejos de equipararsele en condiciones. Los otros adversarios fueron boxeadores extranjeros, muchos improvisados porque era necesario pelear y no había rivales.

El 16 de setiembre de 1917 conquistó el Campeonato Sudamericano venciendo a William Daly en Chile. Esa noche, en el Petit Salón, un bar instalado en los bajos del Casino, un grupo bastante numeroso de hinchas esperábamos ansiosamente el telegrama con el resultado del match. Y cuando llegó la noticia, de madrugada, llevando como estandarte un perchero del bar, dimos una vuelta a la manzana, alborotando al barrio dormido, cantando y victoriando al campeón. Una semana más tarde llegaba Angel de su gira y fue recibido por una comisión de homenaje que integraban Baltasar Brum, Francisco Ghigliani y otras figuras prominentes de la política.

Una manifestación de dos cuadras lo acompañó hasta la

rotisería del Casino donde se sirvió un lunch en el que hicieron uso de la palabra González Soto, Angel Méndez y Carlos Balsán.

En enero del año siguiente sostuvo un match de poca trascendencia en el momento; pero que con el correr de los años, alcanzó considerable notoriedad: la pelea con Firpo, a quien sacó del ring de un derechazo fulminante, poniéndolo knock out en el segundo round. Firpo llegó luego a disputar el campeonato del mundo con Dempsey, a quien también hizo pasar por las cuerdas, aunque perdiendo finalmente.

Casi todos sus matches terminaban en knock out, consecuencia siempre, no de una lluvia de golpes desordenados, sino de un derechazo preciso y fulminante que remataba el trabajo preparatorio de una zurda hábil y contundente.

Cuando comenzó a boxear –aún su nombre no tenía ninguna repercusión– un brasileño, Floriano Peixoto, dueño de un circo que recorría los pueblitos del sur de Brasil, le ofreció un contrato por una gira de exhibiciones. Las grandes atracciones del circo eran Angelito Rodríguez y dos leones matusalénicos y reumáticos que, a pesar de todo, le metían miedo a los asistentes. Y hasta al mismo Angelito, que admiraba a Peixoto cuando entraba a la jaula con el látigo y hacía rugir a las fieras. Una noche se olvidaron de cerrar la puerta de la jaula y los leones salieron a dar una vuelta por el circo. De pronto, Angelito se topa con uno de ellos y empieza a gritar y a correr como un loco provocando el pánico entre los compañeros del circo. Angelito contaba luego que nunca se había pegado un susto más grande en su vida. Pero su asombro llegó al colmo cuando vio al domador, con una escoba que encontró a mano, corriendo a los leones hasta la jaula.

En julio de 1917, en plena guerra europea, llegó a Montevideo la escuadra norteamericana del almirante Capertown. Los marinos pronto se hicieron famosos en la ciudad por los sombreritos blancos y por un baile magnífico que se realizó en el Parque

Hotel y en el que la orquesta del Puebla –uno de los barcos que integraba la escuadra– brindó una exhibición de los principales éxitos de jazz del momento, un ritmo que por estos pagos no había llegado todavía.

El campeón de la escuadra –según decían– había boxeado con algunos púgiles de categoría y estaba considerado como una figura de primera línea. Y no era difícil creerlo porque tenía un físico que imponía. Y apareció un contratista que trató de organizar una pelea. Costó mucho terminar las tratativas porque el marino tenía unas exigencias desmedidas. Se le habían ofrecido cien libras esterlinas por el match; pero el hombre no quería calzar los guantes por menos de 200. Después de mucho conversar, como el campeón se tenía fe y pensó que Angelito iba a ser una presa fácil, aceptó la pelea con estas condiciones: match a diez rounds y por cada round veinte libras esterlinas. Si el americano ganaba por knock out, se le entregarían las 200 libras pactadas.

La pelea duró sólo un minuto. Apenas se dieron la mano en el centro del ring, Angel Rodríguez le colocó la izquierda tres o cuatro veces en la cara y finalmente un "swing" de derecha que dejó al campeón de la escuadra tendido en la lona. Cuando volvió en sí, un rato después, recibió las 20 libras convenidas. Decididamente, había hecho un mal negocio.

Cuando la empresa teatral South American Tour, propietaria de los Casinos de Río, Montevideo y Buenos Aires, decidió abandonar el barracón de la calle Florida, donde ofrecía sus espectáculos de variedades, y construir lo que es actualmente el Teatro Artigas, el viejo local se transformó en el Teatro Nacional donde comenzaron a actuar, fundamentalmente, compañías de zarzuela que alternaban su repertorio con la incorporación de revistas locales en las que se tomaban en solfa los episodios siempre jugosos de la política criolla.

En una ocasión, Santiago Dallegri y Vicente Salaverri escribieron una sátira política de ese tipo que, profusamente promocionada, llenó totalmente las localidades del teatro la noche del estreno. No tuvieron suerte los autores con su obra, porque apenas se levantó el telón, el primer cuadro de la revista fue recibido tumultuosamente por el público, que comenzó a silbar y a gritar desaforadamente. Ya se había iniciado el escándalo. Y ya no hubo fuerza capaz de detenerlo. Por momentos la tormenta amainaba un tanto; pero era como un respiro para hacerse más cruda y más violenta en el cuadro siguiente. Y llegó el momento del monólogo, que en esta clase de espectáculos era siempre el número central. Y apareció en el escenario el actor Monserrat, un español muy conocido de nuestro público porque se había afincado en Montevideo hacía ya muchos años y era una figura imprescindible en los elencos de la época. Se le recibió en silencio; pero apenas dijo tres o cuatro frases, se desató la tormenta.

Y en medio del estruendo de gritos, risas y silbidos, Monserrat trataba de cumplir su cometido. Pero su voz se ahogaba en medio de aquel bochinche. El actor gesticulaba con los brazos pidiendo silencio a gritos también él; pero el escándalo arreciaba. Hasta que llegó un momento en que pareció que las fieras se calmaban y Monserrat se dispuso a reiniciar el monólogo. Fue entonces cuando echando chispas de furia por los ojos se adelantó a las candilejas y en una actitud desafiante le gritó al público: "¡Os la vais a tragar íntegra!". Y pretendió continuar. Sin éxito, naturalmente, porque a partir de aquel momento ya fue imposible escuchar una sola palabra de las que intentaban pronunciar los artistas en el escenario.

Hace ya muchos años, tantos que la imagen se diluye en mis recuerdos de muchacho, actuaba en Montevideo un actor español llamado Enrique Carmona que, además de muy gracioso, era tuerto. Era también lo que en la jerga teatral se llama un morcillero, es decir, uno de esos actores que se apartan a veces del libreto e injertan frases oportunas de su propia cosecha. En la crónica de la inauguración del Teatro Escudero de Minas un crítico local puso reparos a la labor de Cardona, señalando especialmente que se apartaba desaprensivamente del libreto. Y Carmona se molestó. Y decidió vengarse del crítico en la primera oportunidad que se le presentara. Que no se hizo esperar, porque el día siguiente se representó la zarzuela "Entre mi mujer y el negro", en la que Carmona decía en un parlamento: "La gratitud me obliga a cerrar los ojos". Y en ese momento, sorprendiendo a sus compañeros y a la concurrencia, se adelanta en el proscenio y dice: "Respetable público: obediente a las indicaciones de la crítica, desearía no adulterar en nada el papel que represento; pero, al mismo tiempo, como buen cristiano, debo y quiero cumplir con el mandamiento que me ordena no mentir. Según el autor de la obra, yo debería decir en esta escena: la

gratitud me obliga a cerrar los ojos; pero como ustedes ven, mi desgracia quiere que no tenga más que uno. Así es que por no mentir, pido perdón a mi crítico y digo, siguiendo la escêna: la gratitud me obliga a cerrar el único ojo que tengo".

Fue, naturalmente, jubilosa la reacción del público que vivaba y aplaudía estruendosamente a Carmona, mientras el crítico local que asistía a la función, rogaba porque se lo tragara la tierra.

El Varón Traimán

Hoy presiden nuestros carnavales hermosas reinas seleccionadas por concurso de un grupo fragante de divinas criaturas. Antes el cetro lo llevaba el Marqués de las Cabriolas. El más famoso fue, sin duda, un pintoresco ciudadano montevideano llamado Edmundo Lametz. Más conocido por el apodo de Cangrejo.

Su profesión: lavapisos. Su habilidad: buen jugador de carambola. Lametz, destronado allá por el año 20, tuvo algunos sucesores sin prestigio hasta que en 1930 surgió otra figura popularísima en nuestra vida ciudadana: Traimán II. Se le señalaba como descendiente de un cacique araucano que, vaya uno a saber por qué misteriosa circunstancia, había llegado un día a Montevideo, radicándose definitivamente. Se ganaba el puchero como guardiacivil con parada en General Flores y Martín García, donde la muchachada del barrio lo volvía loco tomándolo como blanco de todas las bromas. Un día fue dado de baja y se transformó en una de las grandes figuras del avispero ciudadano. Con su jaquet permanente, con su bastón, con su camisa de pechera blanca impecable, con sus enormes zapatos bien lustrados y luciendo, prendidas en las solapas, docenas de medallas de lata con que sus admiradores lo distinguían, Traimán paseaba todos los días su silueta por 18, respondiendo cortésmente el saludo afectuoso de los paseantes.

Un día apareció en El Espectador. ¿Quién lo trajo? ¿Por qué vino? ¿Qué buscaba? Imposible contestar esas preguntas.

Pero lo cierto es que desde ese momento quedó incorporado al elenco de la casa como una pieza más, imprescindible. Llegaba todos los días, pedía que le prepararan un trasmisor y después que algún compañero de la casa, con cuatro trastos viejos, unos cuantos alambres desconectados y un par de bombitas eléctricas encendidas le decía que todo estaba pronto, se encerraba en una pieza del local de 18 y Olimar y comenzaba su trasmisión. Eran unos discursos macarrónicos que Traimán consideraba trascendentes porque tomaban temas importantes y generalmente iban dirigidos a los personajes más publicitados de la política mundial. En la radio era amigo de todos. Con una sola excepción: Pirulo. Lo detestaba. Porque Pirulo se divertía fingiéndole una permanente mala voluntad, poniéndole obstáculos, negándole colaboración. Era el saboteador.

En cierta ocasión llegó Traimán a los estudios preocupadísimo. La guerra del Chaco estaba en plena ebullición y se proponía dirigirse con un discurso a los pueblos y gobiernos de Paraguay y Bolivia, solicitándoles que las hostilidades cesaran. Y pidió que se enviaran telegramas a los gobiernos beligerantes. Cuando estuvo aparentemente dispuesto todo, empezó su perorata en el cervantino idioma –como decía él– que duró más de media hora.

Y cuando descansaba satisfecho y convencido de la trascendencia de su arenga histórica, llega un telegrama fraguado naturalmente por Pirulo. Era del Presidente boliviano protestando por el mensaje que, a su juicio, había mostrado una marcada tendencia guaraní. Y exigía una rectificación. Traimán estaba desesperado. Y llegaban nuevos telegramas. El pueblo boliviano en la plaza de La Paz pedía una reclamación diplomática y se oían gritos contra nuestro país y contra nuestra radio. Traimán sudaba tinta. Despavorido rogó que le permitieran hacer una aclaración. Otra vez se le prepararon los bártulos y encerrado en

su estudio empezó solo y muy inquieto su disertación. De pronto se abre la puerta y entra en la pieza Pirulo. Cierra con un portazo. Y empieza a abrir cajones y a mover sillas, haciendo todo el ruido posible. Traimán, consciente de la trascendencia del acto que estaba cumpliendo y comprobando el sabotaje evidente de Pirulo, hablaba y, simultáneamente, echaba chispas por los ojos. Y cuando el escándalo creció más y más, Traimán, abandonando el micrófono, furioso de rabia, se desabrochó la levita, sacó de entre las ropas un cuchillo de tremendas proporciones y se abalanzó sobre Pirulo que, perseguido por Traimán, emprendió una carrera desaforada que terminó encerrándose en el baño. Recién pudo salir, mucho después, cuando fue posible calmar a Traimán y quitarle la cuchilla. Aquel día, el chiste pudo haberle costado caro al botija Pirulo.

En la Radio Paradizábal

Si la General Electric –hoy El Espectador– fue la primera radio que trasmitió en nuestro país, la Radio Paradizábal fue, a su vez, la primera que comenzó a irradiar con el sentido verdaderamente comercial en que se estila ahora, es decir, intercalando avisos que costean el programa. Los estudios estaban instalados en una casilla, acondicionada para esa labor, ubicada en la azotea del Hotel Florida –calle Florida esquina Mercedes– donde se desempeñaba como locutor, canzonetista, administrador, telefonista, además de otras actividades referentes al funcionamiento de la estación, Luisito Viapiana. Que luego, durante muchos años, vivió con nosotros las inquietudes, las alegrías, las preocupaciones y los éxitos de la labor diaria.

La Troupe Ateniense estaba por debutar y un día Viapiana vino a presenciar uno de los ensayos. Y deseoso de llevar a su programa un número extraordinario nos pidió que concurriéramos a la radio para adelantarle al público algunos de los números que se presentarían en Solís. Se fijó la fecha y la noche señalada llegamos a la estacion unos cuantos integrantes de la troupe para cumplir el programa. Adelantamos ya dos circunstancias que tienen muy directa conexión con el relato. En la casa contigua al Hotel estaba el Club Italia donde todo Montevideo sabía que se organizaban diariamente unas partidas de monte concurridísimas. Y en la puerta del hotel se había establecido una vigilancia policial permanente porque allí se asilaban unos cuantos revolucionarios brasileños que habían fracasado en su

intento de lograr un levantamiento en Río Grande del Sur y habían buscado refugio en Montevideo. La audición fue un desastre. Los muchachos no quisieron tomar el asunto en serio e hicieron mil judiadas en el micrófono, mientras Luisito Viapiana gesticulaba, movía los brazos, sudaba tinta y pedía compostura con gestos desesperados. Pero nadie le hacía caso y siguió el tren de locura hasta el final, que tardó más de lo que Viapiana esperaba; pero que llegó, como todo llega.

La audición terminó ahí; pero el episodio tuvo un epílogo inesperado. Al salir del estudio, vimos en el piso de la azotea una docena, más o menos, de robustos zapallos que seguramente estaban ahí para recibir las caricias del sol, que no sé qué efecto beneficioso tienen sobre las referidas cucurbitáceas. Y a Ramón Collazo que integraba el grupo, ¿qué se le ocurre? Levantar los zapallos, llegar hasta la pared divisoria de la casa y arrojarlos sobre el techo del Club Italia, justamente en el lugar en que estaba la sala de juego. Fácilmente habría diez metros entre una azotea y la otra. De manera que el estruendo que provocaron aquellos proyectiles pesados cayendo desde tanta altura dio la sensación a los que rodeaban la mesa verde del monte, de que se había producido un terremoto o que la policía había invadido el local para allanarlo y estaban echando abajo las puertas de entrada. Abandonándolo todo, con un susto que no les cabía en el cuerpo, corrieron de la timba a la salida atropelladamente.

Los policías de particular, que cuidaban en el zaguán del hotel a los revolucionarios brasileños, al ver a toda aquella gente corriendo desaforadamente calle abajo, creyeron a su vez que eran los exiliados que escapaban y sacando las armas se lanzaron a la calle detrás de los fugitivos, que al verse perseguidos en esa forma, batieron todos los récords de velocidad existentes. La confusión era tremenda. Especialmente porque todos corrían; pero nadie sabía por qué corría. Los paseantes se guarecían en los

zaguanes de las casas y se preguntaban azorados cuál podía ser la razón del tumulto. El hotel, el club, la calle eran un loquero. Pero nadie podía dar ni siquiera un indicio de la razón de lo acontecido. Llegó por fin la calma. Todo se serenó. Se barajaron toda clase de conjeturas. Pero la causa verdadera del escandalete se conoció recién al día siguiente cuando aparecieron los zapallos destrozados en la azotea del club. Luisito Viapiana, el primer locutor que tuvo la radiotelefonía en nuestro país, recordaba siempre que aquél había sido el momento más angustioso de su larga y recordada actuación frente a los micrófonos.

Roscigna y la Perrera

En la historia delictiva de nuestro país, pocos episodios de esa especie han conmocionado tan profundamente a nuestro pueblo como el famoso asalto al Cambio Messina. Recuerdo que en el momento en que sonaron los disparos nos hallábamos en la casa Víctor, de Dellazzoppa y Morixe, ubicada en el costado norte de la plaza Independencia, a pocos metros del lugar del hecho. En la rueda de tangueros que casi diariamente se reunían en esa casa, ese día teníamos un huésped extraordinario: Agustín Magaldi, que se disponía a presentarse en el Solís a la noche siguiente. Agreguemos –aunque la referencia tenga poco que ver con el relato– que pocas veces se ha registrado un fracaso como el de Agustín Magaldi en Montevideo. Nuestro público lo adoraba. Sus versiones de "En un pueblito español", "Ramona", "El penado 14" y tantas otras que forjaron su fama, habían calado muy hondo en los aficionados uruguayos. Pero el fracaso fue tremendo. Se presentó y cantó sin micrófono, sin maquillaje. Parecía en el escenario un espectro que abría la boca y gesticulaba sin hacerse oír. Y el público, defraudado, especialmente la hinchada del paraíso que había aguantado incómoda una película insoportable hasta que llegó el divo, expresó su desagrado, no con un escándalo, pero sí con un murmullo sordo que hacía todavía más inaudible la audición del cantor.

Pero, no nos vayamos por las ramas y volvamos a nuestro relato del asalto al cambio. Es por demás sabido, y no vale la pena repetirlo, todo lo relacionado con el túnel en la cárcel de

Punta Carretas, la carbonería "El buen trato", en donde se planeó la evasión y, finalmente, la desaparición de los delincuentes. El jefe de la banda era Roscigna. Anduvo prófugo durante mucho tiempo. Y un día, después de una búsqueda afanosa, la policía consiguió detenerlo. ¿Cómo?... Yo tengo una versión personal, fidedigna, proporcionada por quien conocía el episodio en todos sus detalles, que quiero trasmitir a ustedes.

En el corralón municipal se desempeñaba como chofer de uno de los camiones de la perrera, un muchacho, Agustín S., que con el tiempo llegó a ocupar el puesto de capataz en esa repartición. El hombre era un carrerista fanático. Sólo vivía para Maroñas y los pingos. Se cuenta que en una ocasión, desesperado por jugarle a una fija, empeñó el traje y se pasó todo el domingo –un terrible domingo de verano– de sobretodo y con unos pantalones rotos. En el corralón trabajaba por las mañanas, y muy cumplidamente. Los empleados de la perrera tenían obligación de apresar treinta perros como mínimo en cada mañana. Nuestro hombre llenaba ese requisito lo más rápidamente que podía y dejaba su obligación bastante temprano. Entonces, a la hora del almuerzo, ayudaba a su cuñado atendiendo el quiosco que éste poseía en General Flores y José María Guerra. Roscigna andaba prófugo y la policía ofrecía 4.000 pesos a quien proporcionara algún dato que permitiera la detención del asaltante. Nuestro hombre, angustiado por el déficit financiero permanente, pensó más de una vez qué bien le vendrían esos pesos si tuviera la suerte de descubrir a Roscigna. Y empezó a sospechar de un hombre con lentes negros, el termo bajo el brazo y el mate en la mano, que llegaba al mediodía al quiosco y compraba solamente diarios y revistas argentinos. Le observó varias veces y llegó a la conclusión de que era muy probable que el cliente fuera el delincuente buscado por la policía. Y lo denunció. Pero Roscigna –era él–, no apareció nunca más por el quiosco. Se

esfumó cuando, a su vez, sospechó por la forma cómo lo observaba el quiosquero, que estaba corriendo peligro.

Pasó un poco de tiempo. Nuestro hombre seguía desempeñándose como chofer de la perrera. Un día los enlazadores sorprendieron a un perrito vagabundo y quisieron atraparlo. Pero el animalito se ingeniaba para esquivar los lazos que lo acorralaban, manejándose con esquives y gambetas tan afortunadas que pronto el espectáculo congregó a un grupo numeroso de paseantes que gozaban riendo cuando el cachorro escapaba airoso a los intentos de los empleados de la perrera. En un momento, el pobre cuzquito, ya acorralado contra la puerta de una casa, comprobó resignado que habían sido inútiles todos sus esfuerzos y cansado, acurrucado en el rincón, esperó el fin inevitablemente trágico de su aventura.

Y entonces el milagro. Se abre sorpresivamente la puerta de la casa y aparece la figura de un hombre que toma al perrito con sus manos y haciéndolo entrar lo salva del asedio. El hombre era Roscigna y el chofer de la perrera lo reconoció. Roscigna fue detenido y el denunciante cobró los 4.000 pesos. Pensar que los gastó comprando un caballo que se llamaba Santillán y que no ganó nunca.

La Voladura del Graf Spee

Luego de una persecución tesonera y angustiosa, el 13 de diciembre de 1939, los cruceros ingleses, Ajax, Exeter y Achilles, en un combate naval reñido y sangriento, obligan a huir precipitadamente al famoso acorazado alemán de bolsillo, Graf Spee.

El combate de Punta del Este y el arribo forzoso del Graf Spee a Montevideo fueron entonces el tema de la prensa oral y escrita de todo el mundo.

En esos momentos, "El Espectador" ejercía la representación en el Uruguay de una de las radios más importantes del mundo: la National Broadcasting Company de Estados Unidos. Apenas vibró el cable con la noticia de que el Graf Spee se había cobijado en nuestro puerto, llegó a nuestra casa un telegrama de la National anunciándonos, que poco antes, en uno de los aviones de la Pan American, había salido rumbo a Montevideo un corresponsal de la emisora que se disponía a cubrir la información del desenlace del episodio, para lo cual se nos rogaba que le brindáramos todos los elementos que su trabajo requiriera.

Por nuestra parte ya habíamos tomado todas las providencias que el caso exigía y nuestros cronistas –cada uno con una misión señalada– vivían pendientes de todos los movimientos del Graf Spee y su tripulación. La organización era perfecta, ningún detalle se había escapado en el complejo engranaje de elementos que hubo que tener en cuenta a esos efectos.

Como estaba previsto, en la mañana del día en que el buque debía dejar el puerto, llegó el famoso corresponsal de la

National. Era, naturalmente, un gran periodista, con antecedentes de otras aventuras parecidas y con una experiencia indiscutible. Nos impuso de su plan de trabajo, nos dijo que en la National se le daba enorme trascendencia a la información, al extremo de que habían contratado líneas directas y en la estación había orden de cortar cualquier trasmisión, en cualquier momento, cuando saliera su voz de Montevideo. Pero cuando el hombre estuvo al tanto de nuestro proyecto, comprobó la eficacia de nuestras medidas y tuvo el convencimiento de que era imposible que el acorazado se moviera un metro sin que lo advirtieran nuestros cronistas, comprendió que la mejor manera de cumplir su objetivo era instalarse en uno de nuestros estudios, pronta la comunicación telegráfica con Estados Unidos y esperar la información que le proporcionaríamos nosotros.

El americano había previsto una serie de comunicaciones periódicas, la primera de las cuales debía establecerse a las 10 de la mañana. Pero –periodista hábil, dominador de su oficio, conocedor de las triquiñuelas que hacen más jugosa la informacion–, recién estableció el contacto a las 11 horas. Y justificó la tardanza. Con mil penurias, comunicaba que había logrado establecer su puesto de observación en un lugar peligroso, cerca del puerto, pero extraordinariamente estratégico. Agregaba en su información que todo el pueblo montevideano se había lanzado ansioso a la calle en espera de los acontecimientos y en un momento sorpresivo la avalancha se llevó sus instalaciones por delante, mientras nuestro hombre, junto con un auxiliar que le habíamos proporcionado nosotros y todos los bártulos de la trasmisión, caían irremediablemente al agua. Felizmente –continuaba– no fue más que un chapuzón y ya estaba dispuesto de nuevo para el espectáculo de la tarde.

Como prodigio de imaginación es difícil hallar algo parecido porque nuestro hombre, que había inventado esa historia casi

trágica, no se había movido para nada del estudio que le habíamos señalado para su labor.

Cada hora partía un boletín en el que siempre destacaba las dificultades con que debía ejecutar su trabajo y el sacrificio que le demandaba. De pronto la tremenda noticia: "Voló el Graf Spee". Y el cable simultáneamente envía el impacto a Estados Unidos. Un momento después la bocina de "El Día" atronaba los aires anunciando la nueva impactante. Y entonces otra demostración del oficio exquisito del corresponsal americano. Abre la ventana del estudio que da a la calle Olimar, saca el micrófono que recoge el aullido de la sirena y agrega: "Oigan...! En este momento el pueblo montevideano –un minuto después que ustedes– se entera por las bocinas de los diarios, que el Graf Spee fue hundido!".

Al día siguiente, con un fotógrafo y acompañado de Farolito –un popular funcionario de la empresa– y del trasmisor móvil de CX 14, dificultosamente encaramado en la torre de balizamiento de la escollera Sarandí y teniendo como fondo los restos aún humeantes del buque alemán, sacó una serie de fotografías que avalaban en forma categórica las peripecias de la información y significaban un documento veraz y contundente de las dificultades abatidas.

De la resonancia que la labor del cronista americano tuvo en los ambientes de la información –prensa oral y escrita– da cuenta este epílogo estupendo: al terminar el año, los críticos de la radiotelefonía norteamericana señalaron a la trasmisión del hundimiento del Graf Spee por la National Broadcasting como acreedora a la máxima distinción que se otorga anualmente en la radiodifusión: la trasmisión del año.

Y pensar que el hombre, ahora cargado de honores y premios, no se movió del estudio de la calle Olimar y apenas si en algunos momentos dejó que volara libremente su imaginación.

Confieso que yo expreso mis sentimientos a través de mis emociones y cuando me detengo frente a una obra artística cuyos valores han sido negados o exaltados –aunque mi norma es respetar lo que no entiendo– mi corazón es el que dicta el fallo. Y aseguro que pocas veces he vibrado con más intensidad que cuando en muchos rincones apartados del mundo, cargado de nostalgias dolidas, lejos de la patria chica, los compases de un tango nuestro me han llegado como un eco de las cosas queridas y han hecho que brotara una lágrima como una estrella en los ojos cansados. Muchas son las emociones de ese tipo que han calado muy hondo en mi espíritu porque difícilmente se encontraría un lugar en el mundo, por lejano que esté, al que no haya llegado la canción criolla. Cantantes y orquestas lo han paseado por las regiones más exóticas y aunque todos los ritmos viven un momento de auge y desaparecen luego dejando apenas un pálido rastro, el tango mantiene su vigencia, no con la fuerza de la época en que destronó a todas las músicas populares del mundo pero con la suficiente como para no ser olvidado.

La última comprobación la tuve en París, hace poco más de un año en estos días. En un diario parisino, y buscando en la página teatral un espectáculo al que concurrir, leo que se anuncia el debut de Susana Rinaldi. Y concurro al Teatro de la Ville a adquirir las entradas. Mi hija y mis nietos me acompañaban. Cuando llegamos fue el deslumbramiento total. Era un teatro hermoso, moderno, acogedor, enorme. Y otra sorpresa inespera-

da: faltaba algo todavía para que el telón se levantara y la sala estaba colmada. Me dijeron después que era un teatro subvencionado por el gobierno. Y debía ser así porque el precio de las localidades era razonable si se tiene en cuenta lo que cuestan los espectáculos teatrales en París.

Fue una impresión agradable, porque con excepción de algunos grupos de uruguayos y de argentinos que asistían al recital, la concurrencia estaba integrada por franceses. Cuando se levantó el telón, la Rinaldi fue recibida con una ovación calurosa. Yo contribuí también con mi aplauso, aunque siempre opuse algún reparo a las interpretaciones de la cantante. La conocía sólo a través del disco pero cuando comenzó su actuación y empezó a moverse en la escena con un dominio total, con una soltura, una prestancia y una autoridad subyugantes, olvidé mis reparos y no me alcanzaban las manos para aplaudir. El teatro estaba enfervorizado y las exclamaciones estallaban como cohetes. Y nos ahogó la emoción viendo cómo la música rioplatense levantaba en masa a aquella muchedumbre de franceses que palpitaba con fervor criollo.

Terminada la función, se anunció que la señora Rinaldi firmaría en el hall del teatro los longplays que le presentaran los asistentes y que se vendían en ese mismo lugar. Compramos un disco. Después de mucho forcejear –cientos de franceses enarbolando el suyo trataban también de acercarse a Susana Rinaldi–, llegamos a la mesita donde estaba instalada. Mi hija le entregó el disco diciéndole:

–Yo soy uruguaya.

Ella miró, sonrió y se dispuso a firmar. En ese momento, yo agregué:

–Yo también soy uruguayo.

Volvió a sonreír. Y yo acoté.

–Además, autor de algunos tangos. Entre ellos uno que usted

canta en caricatura.

–¿En caricatura, cuál?

–Mocosita.

–Yo no canto Mocosita en caricatura. Hago una parodia de cómo lo cantaba Rosita Quiroga cuando lo estrenó.

Y yo agregué:

–No hay de qué disculparse. Porque la letra de Mocosita leída ahora, es de las que a uno le dan vergüenza.

–No tan así. No creo que alguno de estos éxitos míos de ahora, dentro de cincuenta años, conserve la vigencia que Mocosita tiene todavía.

Y como los franceses que esperaban turno estaban dando muestras de impaciencia, agregué finalmente:

–Señora. Sólo quise darle las gracias por la emoción de esta tarde que, en mi caso, llegó hasta las lágrimas–. Y no mentía.

Se levantó, me colocó un beso en cada mejilla y mientras me dedicaba el long play con todo cariño, seguramente los franceses pensarían: ¿Quién será este viejo ligador que, además de la charla y la dedicatoria, se ganó dos besos de la estrella?

Alejandro Trías

El día en que Rafael Gómez, "El Gallo", uno de los más grandes califas del toreo, levantaba en vilo a la muchedumbre con su valentía y se jugaba la vida en cada verónica, mientras estallaban en los tendidos los "olés" como fuegos artificiales, terminada la faena magistral alguien le preguntó si no le daban miedo los toros. Y El Gallo, acompañando la frase con un gesto que podía interpretarse como una confesión, respondió: "¡Más cornadas da el hambre!". Nuestro protagonista de hoy –que era boxeador– también pudo decir en situación parecida: más trompadas da el hambre.

Allá por el año 1919, el Atenas, cansado de ganar diplomas y medallas en atletismo, en básquetbol y en balón, decidió inscribirse también en la Federación Uruguaya de Box con la base de un plantel que integraban David Estévez Martín, Alfredo Gilio, Ramiro Allende, Novelli, Víctor Zaragoza Rosas y algún otro, perdido en el recuerdo.

Un día, sorpresivamente, se presentó un moreno que anunció su deseo de representar al club en los campeonatos nacionales que se preparaban. Sometido a la prueba de rigor, el balance de los expertos de la casa señalaba estos índices: físico fabuloso, entusiasmo desbordante, dinamita en los puños, técnica rudimentaria. Pero, sobre todo, unas ganas de llegar, de aprender, que se hacían avasalladoras en los gestos y en las palabas. Era canario. Habia nacido en Mosquitos –actual Soca– y en esos momentos trabajaba en Pando como "chauffeur" de una casa importadora

de autos. La barra ateniense, como un solo hombre, ocupó gran parte de las instalaciones del Royal la noche en que Alejandro Trías –así se llamaba el moreno debutante– se presentaba para su primera intervención en el torneo. De su adversario apenas si se tenían noticias. Se sabía que era un bombero llamado Olivera. Y nada más. Y era suficiente, porque las posibilidades de que no se le levantara a Trías la mano triunfal, se perdían en la región de los imposibles. Cuando Trías se quitó su "robe de chambre" y mostró su cuerpo maravilloso realzado por un pantaloncito azul que la preocupación de Juan Antonio Collazo había cuidado con desvelo, cientos de gargantas lanzaron un ¡oh! de admiración que rebotó estruendoso en las paredes del teatro. En verdad, aquel físico era la perfección, lo insuperable. Hecho a mano. No creo que en la historia del box sudamericano haya habido nunca otro semejante. En cambio, cuando el bombero saltó las cuerdas del ring y se presentó, desgarbado, con un pantalón blanco en el que no coincidía el largo de las piernas y empezó a mover los brazos como aspas de un molino descompuesto, sonó una carcajada que debe haberse oído en las mesas del Tupí. Los de Trías sonreían sobradores cuando sonó el gong. No había quien diera un real por la suerte del bombero. Y de pronto, el estupor, lo inesperado, lo increíble. Una de las aspas torpes del molino llega a la cara de Trías, por casualidad, sin fuerza Una caricia con pretensiones de golpe. Y el Apolo de ébano, mientras sus hinchas se tragan su decepción, se desploma como si un rayo lo hubiera fulminado. Parecía mentira; pero se había tirado!

Desapareció un día. Nadie supo de él. Pero cuatro años más tarde, los diarios publicaban un telegrama de Lima en el que se anunciaba que un boxeador uruguayo llamado Trías había perdido por puntos frente a Alex Relly, el más grande medio pesado de América, en un encuentro sensacional. ¿Quién era ese Trías uruguayo que nadie conocía? ¿Aquél moreno que tan triste

figura había hecho una noche en el Royal? ¡No podía ser! ¿Y peleando con Relly? Imposible.

Y, sin embargo era él. Había vivido tres años en Chile donde empezó a hacerse un nombre a fuerza de entusiasmo, de sacrificio y de coraje. En Perú levantó su prestigio y vino luego a Buenos Aires donde entre 1924 y 1926 fue favorito de los públicos. En 1927 comenzó su decadencia. Fue cuando Gualtieri, recordando el pasado esplendor de Trías, le decía a un periodista con amargura: "El negro agarró el tranco, amigo". Finalmente, se desempeñó como profesor en Gimnasia y Esgrima y logró estabilizar una posición desahogada como propietario de una empresa de camiones. Ya en sus últimos años alguien le preguntó cómo había podido superar aquello que en la noche del Royal dio toda la sensación de miedo. Y Trías respondió con un gesto que, traducido en palabras, bien podía significar: Más trompadas da el hambre.

“La Cumparsita”

Alguien se atrevió a decir, con suficiencia pedantesca, que “La Cumparsita” es el más malo de los tangos o algo por el estilo. El mundo dice que es el más cotizado, el más difundido, el más recordado, el que se ha metido más hondo en el alma popular, que es una manera rotunda de decir que es el mejor. Lo escribió Matos Rodríguez en 1917 en la Federación de Estudiantes del Uruguay, ubicada en la calle Ituzaingó casi Buenos Aires, acera Este. Actualmente lleva el número 1292 y mantiene las misma características de entonces. Más que una sede gremial era el refugio permanente de un grupo de estudiosos –y de los otros– que le prestaban más atención que a la biblioteca a las partidas de monte que eran el pan de todas las noches. Los que formaban el cogollo de la barra constituían un grupo que se llamó “Los luchadores”, influencia de la troupe de atletas de lucha greco–romana que, año a año, organizaban en el Casino viejo de la calle Florida una parodia de campeonato mundial que era seguida con entusiasmo por la juventud de aquel tiempo. A ellos está dedicado el tango inmortal. Pero no todo era timba en la Federación. La música y el canto eran también motivo de expansión y más de una vez los vecinos del barrio llegaron hasta la comisaría de la 2a. para protestar por aquellas desaforadas canterolas, casi siempre con letras bastante subidas de tono. La vida del señor Echeverrito, dueño de la propiedad y que habitaba en los altos, se hizo tan insostenible que un día se presentó al juzgado solicitando el desalojo. El juez llenó los formalismos del

caso y como primera providencia colocó en la puerta del local un "imaginaria" bonachón, cuya misión era impedir que desaparecieran los escasos muebles que "alhajaban" la casa. Lo convencieron los muchachos de que la vigilancia podía ser igualmente eficaz desde la acera de enfrente y el hombre accedió a cambiar el puesto de observación. El tranvía de caballos pasaba por frente a la casa de los estudiantes hacia el sur; la barra esperaba que el pasaje del tranvía impidiera la visión del guardia civil y ocultos por el tren y cargados con los muebles desarmados llegaban hasta la esquina de Reconquista, y en el café "La gran Peña", antro de cafirolos, maleantes y compadres, dejaban su carga clandestina.

Entretanto, el Carnaval se acercaba. Y el grupo se constituyó en una comparsa que concurría a determinados locales, cantaba canciones más que picarescas con letras adaptadas a las melodías de moda y luego aplicaba la manga. Uno de los locales más frecuentados era la Vaquería del Parque Urbano, en la que uno de los mozos, italiano, cuando veía llegar al grupo estudiantil, anunciaba a gritos desde la puerta a la clientela: "Ahí llega la cumparsita de los estudiantes". Cuando Matos terminó su tango en el viejo piano de la Federación y se pensó en el título, el recuerdo del grito del mozo de la vaquería: "Ahí llega la cumparsita de los estudiantes", surgió como una estrella y le puso nombre inmortal al rey de los tangos. En el cine Ideal actuaba un pianista español, el maestro Ruiz, que fue quien escribió la música, ya que Matos era técnicamente nulo en este problema de las corcheas. Por esos días, el 23 de marzo de 1917, debutaba en La Giralda, café ubicado donde se levanta hoy el Palacio Salvo, el cuarteto Firpo.

La barra le hizo escuchar el tango a Firpo. Acusaba algunos pequeños defectos notorios, que el maestro argentino corrigió, y una noche –no ha podido establecerse la fecha– ante una

barra fragorosa de incondicionales surgió de los instrumentos encantados la melodía que arrebató a todos los públicos del mundo. Andan por ahí distintas versiones que pretenden aminorar el mérito de Matos: que Firpo es el autor de una de las partes, que originariamente era una marchita y algunas más. Todo es fantasía, imaginación y envidia. Nunca fue una marchita. "La Cumparsita" fue tango desde que se concibió.

La obra fue vendida en 50 pesos argentinos a la casa Breyer Hermanos. Pero poco duraron los 50 pesos. Burrero de ley, al domingo siguiente Matos llegó a Maroñas y se jugó los 50 pesos a Skat, una fija imperdible. No tuvo suerte, perdió por la cabeza frente a Le Peril Jaune, un caballo de Tito Heber.

En mayo de ese año la Víctor Argentina recibió la primera grabadora de discos de los Estados Unidos y contrató al cuarteto del maestro Alonso para grabar una serie de 20 tangos. Uno de ellos fue "La Cumparsita". Pero no pasó nada. El tango de Matos apenas se escuchaba de vez en cuando en algún baile sin pretensiones o en alguno de aquellos gramófonos de corneta que amenizaban el trabajo de los salones de lustrar calzado. En 1924 Matos vivía en París y un día, conversando con un abogado amigo, surgió una comprobación reveladora y milagrosa. El contrato de venta del tango no tenía validez. Matos era menor de edad cuando firmó el compromiso. Y empezaron las gestiones para lograr la anulación. No fue fácil. Pero las partes, recordando esa vieja sentencia que dice "más vale un mal arreglo que un buen pleito", le hallaron solución amigable al conflicto. En ese momento, como el hijo pródigo, "La Cumparsita" volvía al hogar querido; pero –nueva versión del episodio bíblico– con las árganas cargadas de oro. Y empezó su carrera triunfal. Pero faltaba el último empujón. Llegó el día en que Carlos Gardel, tomándose atribuciones extra–legales, grabó el tango con una letra de Maroni y Contursi, cambiándole el nombre y titulándolo "Si su-

pieras". Matos inició un juicio contra los desaprensivos letristas que habían entrado a saco en casa ajena. Durante 20 años anduvo por los estrados de la justicia argentina el expediente de aquel pleito, más voluminoso cada día, hasta que se resolvió en una transacción relativamente amigable. Si la actitud de los letristas mencionados merece muchos reparos, justicia es destacar también que la versión de Gardel y la letra de Maroni y Contursi contribuyeron a que "La Cumparsita" escalara los pocos escaños que aún le faltaban para situarse en la cumbre de la gloria. El 25 de abril de 1948, a la edad de 51 años, en una pequeña casa de la calle Nueva York, en la Aguada, triste y olvidado, ayudado en sus dificultades físicas por un compañero más que empleado, que hacía las veces de acompañante, cocinero, mucamo y chofer de una cachila desvencijada que le servía para algunos movimientos imprescindibles, moría Matos Rodríguez: "La Cumparsita" es inmortal.

La vida de Montevideo está señalada por la aparición muy frecuente de personajes pintorescos que le dieron tono a la actividad ciudadana y llenaron muchas páginas jocosas del ajetreo diario. La mayoría eran fulanos que tenían algo desajustados los tornillos y dedicaban sus preocupaciones a menesteres casi siempre desacostumbrados. Pero había también otra especie: la de los vivos, la de los que aprovechaban de la infinita ingenuidad humana y se ingeniaban para explotarla hasta el último jugo.

Uno de ellos era Nouffrof, un ejemplar típico de esa fauna que estuvo durante algún tiempo en el candelero montevideano. Deslumbraba cuando paseaba por las calles con su chambergo de alas de avión, su galera con bordes en media luna, su cuello blanco abierto en grandes picos, su chaleco con todos los colores del arco iris, su camisa con puños de encaje, su capa de grano de oro cruzada con dos franjas negras en la espalda y, colgando del cuello, una cruz de gran tamaño. Se decía entonces –era en 1915– que había llegado de Buenos Aires expulsado por la policía argentina. Allí actuaba con una mujer a la que llamaba La Milagrosa, La sonámbula, Nuestra Señora del Bien y algún otro calificativo parecido. En Florida, y luego en Corrientes, desplumaban incautos que venían a plantearles sus problemas, que la señora resolvía contestando a las preguntas que Nouffrof le formulaba. Sus devotos decían que era un mensajero celeste. Se aseguraba también que había sido guarda de tranvía y había tenido un salón de venta de cigarrillos y postales. Pero un día se terminó el nego-

cio. No coincidieron Nouffrof y la policía bonaerense con respecto a este problema de los milagros y el enviado de Dios se vio en el trance de tener que cambiar de ambiente. Y apareció en Montevideo. Su figura extravagante llamó la atención de inmediato y, contrariamente a lo que sucede con los que se dedican a esta clase de especulaciones, se hacía ver en las calles más concurridas, provocaba reacciones favorables con su generosidad –se aseguraba que nunca había recibido un vuelto– mostraba su sonrisa permanente y la gente se preguntaba de dónde había salido ese ejemplar desconocido. Creado el ambiente, se puso a trabajar. Y dijo que llegaba de Dios. Y los que esperaban, creyeron. La lista de ingenuos es inagotable. Y tanto fue su éxito, tan inconmensurable la capacidad de absorción de sus acólitos, que en poco tiempo instaló en Montevideo tres santuarios: en Durazno y Yaro, en San Salvador y Tristán Narvaja y otro, el más conocido y famoso, en Rivera, una cuadra antes del cementerio del Buceo, conocido como "El Rincón de las Almas", donde un Cristo de piedra, instalado en el jardín, a la vista del público de la calle, lloraba permanentemente. El litro de lágrimas, sin envase, se vendía a 15 centésimos. Y a la entrada, paredes con sus letreros: "Los muertos viven. Rogad por ellos. Vuestra oración y vuestro pedido en este rincón serán escuchados". Y en los otros santuarios, sendos consultorios con espejos y juego de luces que presentían ya lo que llaman ahora luces sicodélicas y ocupan en muchas orquestas modernas un lugar más importante que los propios instrumentos.

Esqueletos, fichas con vales por una oración de 5 ó 10 centésimos de agua curativa. Yuyos que lo mismo enderezaban una vértebra desviada, que un marido también desviado. Y, en tamaño natural, figuras de Pancho Serra, protector de los enfermos y las solteras, bustos de Allan Kardek, amigo de los desahuciados y los crónicos, de José Azas, que se ocupaba de las almas del

purgatorio, de Eusapia Paladino, una napolitana que alcanzara gran fama en Europa por esos días, al extremo de que Sully Prudhomme y Maeterlinck escribieron su elogio, la observó Lombroso y también técnicos de la Asociación Londinense de Estudios Síquicos, los que después de veinte sesiones concluyeron en que todo era cuento. Y folletos y libros de ciencias ocultas. Las paredes llenas de avisos con recomendaciones. "Curaciones sin medicamentos. Fluidos magnéticos. Se curan enfermos por la ropa (sin verlos). Estadísticas de felicidad, fidelidad y salud. Contabilidad en la que constaban número de oraciones, visitas, botellas de lágrimas y yuyos vendidos. Y formularios con preguntas: ¿Quiere usted que su marido deje a esa mujer? ¿Que su compañero le sea fiel en su ausencia? ¿Vivir el doble de los años que debe vivir? ¿Verse libre de enemigos? ¿Cobrar lo que le deben? ¿Que el preso salga pronto en libertad?

Pero un día, nuestra policía no coincidió con el punto de vista generoso de Nouffrof y lo metió en la cárcel por explotación de la credulidad pública. Nuestras leyes castigan benévolamente este tipo de delitos y nuestro hombre salió un día con rumbo desconocido. No deben haberle ayudado mucho sus oraciones y sus yuyos porque, tres años después, un uruguayo lo encontró en Barcelona, triste y desaliñado, con una caja debajo del brazo. Vendía abanicos en la Rambla de las Flores.

El Duelo

Entre tantas cosas que se ha llevado por delante el huracán progresista figuran el corset, el abanico, el cuello de palomita y también los duelos. Ya hace muchos años que los duelos perdieron vigencia. Los hubo, sin duda, serios y hasta trágicos; pero, en general, se convertían en parodias ridículas que terminaban con un abrazo en el terreno del lance y una cena bien rociada con vinos generosos en un restaurante de nota. Al extremo de que alguien llegó a decir que el campo del honor era el lugar más indicado para instalar un sanatorio, porque allí no se moría nadie.

Recuerdo un casi duelo que hizo época en nuestra ciudad. En 1924 llegó a Montevideo la nave Italia, una muestra del poderío industrial del fascismo. El día de la llegada, en un incidente que se suscitó en la pasarela de entrada al barco, los marinos italianos golpearon a algunos periodistas uruguayos y la reacción fue enviarle los padrinos al comandante de la nave. En cada redacción se hizo el sorteo y en El Plata, donde yo trabajaba, el elegido fue el Pato Adami, fotógrafo de la casa, que en su vida había hecho un disparo ni en el tiro al blanco. El hombre, aunque trataba de disimularlo, no las tenía todas consigo. Pero vio una promisoria puerta abierta cuando llegó el doctor Ramírez al diario y al enterarse de que su nombre no había figurado en la galera del sorteo, pidió que se realizara nuevamente. Y como, por lo visto, aquel no era el día de Adami, en la nueva tómbola otra vez apareció su nombre. Pero faltaba la última instancia: el sorteo

entre los elegidos en cada redacción; y –parece que estaba escrito– el Pato Adami fue el elegido definitivo. Y andaba preocupado. Se suponía que el comandante de la nave debería ser un espadachín de primera fila y un tirador de esos que agujerean una moneda en el aire. El Pato, en cambio, no había tenido más contacto con las armas que un revólver de fulminantes, allá en los años de botija. Y tuvo que enviarle los padrinos al marino fascista. Durante dos días vivió los trances más amargos y aguantó todas las cachadas de sus compañeros que, como no estaban en su pellejo, habían tomado el asunto a la chacota. Pero él no dormía y se imaginaba ya con una bala incrustada en el pecho y cubierto de vendas y esparadrapos en la cama de un hospital. Pero todo tuvo un final feliz. El doctor Manini Ríos, Ministro de Relaciones Exteriors, declaró en la Cámara que el comandante había dado explicaciones satisfactorias. Y al Pato Adami le volvió el alma al cuerpo.

Diego Lucero cuenta en su libro "Siento ruido de pelota", un duelo en el que intervino un famoso poeta, escritor y loco argentino: Omar Viñole. Aquel famoso loco que se paseaba por la calle Florida llevando al tiro una vaca. En uno de sus libros publica una autobiografía en la que, entre otras cosas, expresa: "Tengo la sensación de que la mayor vejación que puede sufrir un escritor es que un libro suyo agrade a la muchedumbre. Como los de Martínez Zubiría. Practiqué deportivamente muchos vicios porque son más exquisitos y tienen mejor gusto que muchas virtudes".

Una vez lo retó a duelo un ilustre intendente de Buenos Aires, cuando todavía tenía intendentes capaces de encarar grandes obras, y como el ofendido le cedió al ofensor la bolada de elegir arma, el loco Viñole –el ofensor– aceptó el duelo imponiendo las siguientes condiciones: batirse en el Luna Park, cobrar entrada destinando la recaudación a obras de beneficencia,

armar el ring en el centro de la sala; los duelistas se presentarían con equipo de box; en el centro del ring habría una mesa; en el centro de la mesa, un plato; en el centro dos albóndigas, una para cada caballero duelista con obligación de comérsela: una de las albóndigas estaba hecha con cianuro; el que la cachaba se ensartaba y se iba derechito al hoyo. Fue una lástima. El duelo fracasó.

Nacional Campeón de 1903

En 1904 Montevideo y el país entero vivían un momento de angustias, de zozobras y de temores. Había estallado la revolución y la vida, como consecuencia natural, había cambiado su ritmo. La juventud, principalmente, era la que sufría las peores consecuencias porque era ella la que nutría de combatientes a los dos bandos. Muchos se alistaban espontáneamente; pero muchos también se ingeniaban, apelando a toda clase de recursos, para eludir la incorporación a las filas. Algunos falsificaban documentos en los que aparecían como extranjeros, otros se disfrazaban –unos de cura, otros de mujer, de cualquier cosa– con tal de no ser detenidos por la leva, otros se ocultaban en sótanos y hasta en aljibes para salvar el peligro y muchos también consiguieron burlar la vigilancia policial y escaparon al extranjero, principalmente a Buenos Aires. El ambiente ciudadano estaba totalmente convulsionado y cada día una nueva resolución gubernamental agregaba una prohibición o una restricción al desarrollo normal de la vida.

El fútbol, por ejemplo, que ya en esos principios del siglo había ganado el favor del pueblo y atraía domingo a domingo a millares de aficionados, tuvo que pagar tributo también a la conmoción general y debió suspender su actividad. El campeonato del año anterior no pudo definirse porque, faltando jugarse la final y estando ya muy avanzada la primavera –la temporada se cumplía entonces solamente en invierno– se decidió postergarla hasta el año siguiente. Los finalistas –también en 1904– eran

Peñarol y Nacional, que terminaron el torneo empatados. Si bien la temporada oficial estaba suspendida, el fútbol continuó, sin embargo, aunque sólo en ocasiones propicias, su actividad. Nacional, Peñarol y Wanderers jugaron entre sí algunos encuentros y hasta en una ocasión, Barracas de Buenos Aires, que tenía como golero al famoso Laforia, jugó en Montevideo con Nacional, perdiendo por 2 a 1.

Pero un día, sorpresivamente, cuando nadie lo esperaba –aunque la vida ya se había normalizado un tanto en la ciudad– el mundo futbolístico se conmovió con la noticia: la Liga había decidido que la final del campeonato de 1903 pendiente entre Nacional y Peñarol, se jugara el 28 de agosto. La resolución parecía fuera de lugar. No contemplaba la situación que se vivía en aquel momento. Favorecía notoriamente a Peñarol porque los aurinegros contaban con todo su equipo ya que, integrado por funcionarios del Ferrocarril, ninguno de ellos había sido alistado en la guerra civil. Nacional, en cambio, estaba disminuido. Le faltaban cuatro jugadores: nada menos que los tres hermanos Céspedes –Bolívar, Carlitos y Amílcar– y Pigni, que habían emigrado a Buenos Aires, escapando a la guerra civil. Naturalmente, las protestas menudearon, se esgrimieron todos los argumentos, se trató por todos los medios, apelando a todas las influencias, de hacer entrar en razón a los ingleses de la Liga; pero todos los esfuerzos fueron inútiles. El partido debía jugarse o de lo contrario Peñarol sería consagrado campeón de 1903. Los albos se tragaron la amargura y, aun descontando que iban a una derrota segura, no tuvieron más remedio que apechugar con su suerte. Y aceptaron.

El 28 de agosto, arbitrado por el juez argentino Guillermo Jordán, se jugó el partido. Una multitud imponente para la época concurrió a la cancha. Pero había dos tipos de rostros entre la concurrencia: los de los peñarolenses, optimistas y alegres y los

de los albos, tristes y mustios, esperando solamente que un milagro les devolviera la alegría. Y como en los cuentos de Calleja, el milagro se produjo. Entró Peñarol a la cancha con todo su equipo titular y fue recibido con una ovación formidable. Y después de unos pocos minutos, que fueron de incertidumbre para el público, apareció Carve Urioste presidiendo a los suyos. ¡Pero eran siete! ¿Nacional iba a jugar con siete? La gente se miraba sorprendida, sin comprender lo que iba a pasar. Pero de pronto surgen cuatro casacas blancas más en la cancha. Y entonces, el delirio. El milagro. Los cuatro que completaron el equipo eran los ausentes, los inesperados, los ansiados. El partido se jugó en un ambiente de locura y Nacional ganó por 3 a 2. Pero ¿qué había pasado? ¿Cómo se habían ingeniado los cuatro prófugos para estar presentes en el partido? Muy sencillo. El doctor Pedro Manini Ríos, amigo y discípulo de Batlle, que en aquel momento ejercía la Presidencia de la República, y, además, partidario fervoroso de Nacional, le había planteado el problema al Presidente. Y Batlle, en el deseo de colaborar en el brillo de una gran fiesta deportiva, autorizó la venida de los escapados y le dio al doctor Manini todas las garantías sobre su libertad.

Indice



LECTORES DE BANDA ORIENTAL

Colección de venta exclusiva a suscriptores

SEPTIMA SERIE

1. ANTON CHEJOV: La dama del perrito y otros cuentos
2. ROBERTO ARLT: Aguafuertes uruguayas y otras páginas
3. CAMILO BOITO: Senso
4. MARIA INES SILVA VILA: El visitante y otros cuentos
5. ARTHUR SCHNITZLER: El padrino y otros cuentos
6. MARIO ARREGUI: Los mejores cuentos
7. HERMAN MELVILLE. Bartleby y otros relatos
8. HEBE UHART: Mudanzas
9. G. RODRIGUEZ ALCALA: Cuentos de la guerra del Paraguay
10. EDUARDO LORIER: Las dos vidas de Martín Aquino
11. MERCEDES ESTRAMIL: Rojo
12. HENRY TRUJILLO: El vigilante
13. CLAUDIO INVERNIZZI: La pulseada
14. TABAJARA RUAS: La alucinación
15. JOSEPH CONRAD: El regreso
16. G. GARCIA MOYANO: Crónica de un viaje en diligencia
17. H.P. LOVECRAFT: En las montañas alucinantes
18. ALFREDO ALZUGARAT: Desde la otra orilla
19. HORACIO QUIROGA: Los Robinsones del bosque
20. EDGAR ALAN POE: La caida de la casa Usher y otros cuentos
21. VICTOR SOLIÑO: Crónicas de los años locos

Se terminó de imprimir en TRADINCO S.A.,
Minas 1367 - Tel. 49 44 63
en el mes de setiembre de 1997. D.L. 308.341 / 97
Esta edición está amparada en el decreto 218/996
(Comisión del Papel).

Víctor Soliño (1897-1983) fue uno de los más lúcidos y comprometidos testigos de lo que puede llamarse nuestra historia popular en las primeras décadas del siglo que termina. Esa calidad testimonial se refleja en estas *Crónicas de los años locos*, en las que la vida montevideana de la década del veinte adquiere una rica presencia a través de su protagonismo en el mundo del espectáculo y de las comunicaciones. El tango, el teatro, el deporte de esos años tumultuosos y fermentales son algunos de los temas que rescata la prosa sencilla y eficaz de este cálido cronista.



LECTORES DE BANDA ORIENTAL / 7ª SERIE
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL